HALEY,

O EL

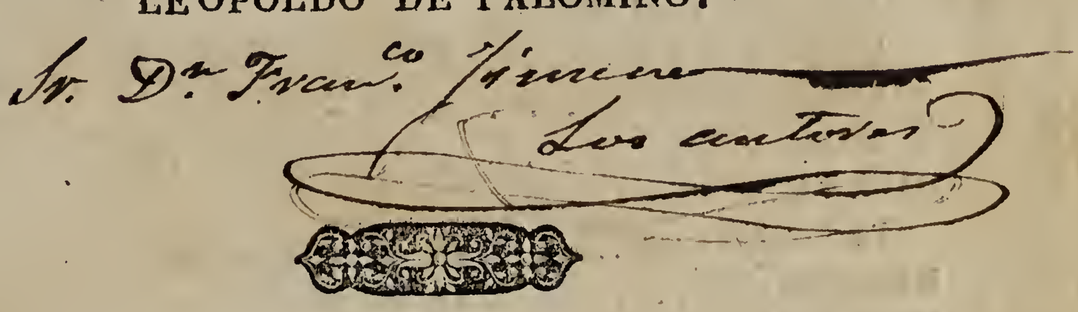
TRAFICANTE DE NEGROS.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA,

POR

DON ANGEL MARIA DE LUNA, Y DON RAFAEL

LEOPOLDO DE PALOMINO.



APROBACION.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Examinado por el censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—Madrid 5 de abril de 1853.—Melchor Ordoñez.

CADIZ:

Imprenta de Don Francisco Pantoja,

CALLE DEL LAUREL, NUM. 129.

1853.

Este drama se ejecutó por primera vez, en el teatro del Balon de Cádiz.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
HALEY, *traficante de negros.*	*D. Sebastian Vechio.*
ARTURO SHELBY. . . .	*D. Francisco Jimenez.*
WILSON *padre de...* . .	*D. Rafael Yañez.*
EMILIA *esposa de Shelby.*	*Sr.ª D.ª Fran.ª Rodriguez.*
MARIA *esposa de Wilson.*	*Sr.ª D.ª Pilar Zafrané.*
JORGE *esclavo de Haley.*	*D. Tomas Brotons.*
ELISA *esclava de Shelby.*	*St.ª D.ª Adelaida Alvarez.*
ENRIQUE *niño de seis años, hijo de Elisa y de Jorge.*	*El niño Brotons.*
SAMUEL *fondista.* . . .	*D. Manuel Prat.*
TOM *negro libre.* . . .	*D. Francisco Uzeta.*
SAUL *negro mozo del parador de Ohio...* . . .	*D. N. Aimeriz.*
MARINERO 1.º.	*D. N. Barrocal.*
IDEM 2.º.	*D. Manuel Brotons.*
Un esclavo de la casa de Shelby	
Otro de la de Wilson...	

Marineros, y negros esclavos de todas edades y de ambos séxos.

La accion pasa en Kentuky, uno de los estados de la union americana.

ACTO PRIMERO.

Representa un salon de la casa de Shelby: puertas al foro que conducen á la calle por una galeria cubierta visible; puertas laterales que conducen á las habitaciones interiores. Entre los muebles del salon, hácia el lado derècho del proscenio, una mesa con botellas de cerveza y vasos: al lado izquierdo un confidente. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

HALEY Y SHELBY, SENTADOS A LA MESA Y BEBIENDO CERVEZA.

Shel. Esta es mi última resolucion.

Hal. Lo siento, lo siento; pero no puedo allanarme á semejantes condiciones: me es absolutamente imposible.

Shel. Os vendo dos de mis mejores esclavos; no hay otros como ellos; valen mucho dinero, no lo podeis negar; son leales, honrados y tienen mucha inteligencia: precisamente son los que dirigen mi hacienda con tanto tino: la tienen como un relój.

Hal. ¡Honrados! Como puede serlo un negro.

Shel. Hablo con formalidad. Los esclavos que os vendo, son fieles, sensibles, y hasta piadosos. ¡Oh! es sorprendente el talento que tienen para los negocios.

Hal. ¡Malo! amigo mio!

Shel. ¡Cómo malo!



Hal. ¡Malo! ¡Malísimo! Saben demasiado segun lo que decís. Los esclavos hábiles emplean toda su inteligencia para escaparse, y á lo mejor lo ejecutan, llevándose el mas precioso caballo, y dando un ejemplo á sus compañeros muy pernicioso. Ya veis que tienen por consiguiente, un defecto gravísimo; es preciso que á lo menos, me quedeis á deber doscientos pesos.

Shel. De ningun modo; si hago el sacrificio de vender mis esclavos, es porque solo de este modo puedo completar la suma que os adeudo. En cuanto á lo que llamais un defecto gravísimo, bien sabeis que esto es lo que realza su mérito. Sino, decidme: ¿Cambiariais vuestro mulato Jorge, el esposo de mi esclava Elisa, por otro de menos inteligencia que él?

Hal. ¡Si, Jorge! ¡Pues estoy yo contento con Jorge! A propósito... (*Un negro se lleva las botellas desocupadas, dejando otras y vasos limpios.*)

Shel. Un inteligente y bello mozo, amable á la vez, que ha sabido grangearse el cariño de cuantos le tratan.

Hal. ¡Ya!... pero ha llegado á figurarse que no es una cosa; sino un hombre. Sin ir mas lejos, dias pasados oí hablar de cierto invento suyo, y monté á caballo para ir á satisfacer mi curiosidad. El señor Wilson, vuestro padre político, á quien se lo habia alquilado, me felicitò alegremente por la posesion de semejante esclavo, y mandó que el mismo Jorge me acompañase á ver la fábrica. En mi vida he visto osadía igual: marchaba á mi lado haciéndome una pesada esplicacion de las máquinas. Su verbosidad inoportuna, su continente soberbio, su cabeza altiva, hicieron tal efecto en mí, que no supe disimular mi disgusto. ¿Por qué un vil esclavo habia de recorrer el pais inventando máquinas con la cabeza erguida como un caballero? Esto me ocurrió al momento, y pensé en remediar aquel escándalo, reclamando el pago de su alquiler, y llevándole conmigo. ¡Inventar una máquina!.... Ya.... ya. ... para ahorrarse trabajo..... en eso se conoce su aficion á la

holganza: esos inventos no dán mas resultados, que quitarnos la ocasion de arrendar nuestros negros á buen precio: porque ¿qué es cada uno de ellos, sino una simple máquina? Desde entonces le tengo condenado á los mas penosos trabajos para domar su orgullo, y por temor á que se me escape, le he hecho marcar la mano con el hierro de mis esclavos.

Shel. ¿Y no tomásteis del gobierno el premio de su invencion?

Hal. ¡Ya lo creo! Es mi esclavo... Estamos en un pais libre... ese hombre me pertenece... hago de él lo que se me antoja... y negocio concluido.

Shel. Bien, caballero, dejemos eso; pues no estando muy conformes en ideas, podríamos incomodarnos: acabemos nuestro negocio. ¿Qué resolveis?

Hal. ¿Si tuvieseis algun niño que agregar á los negros que me vendeis?...

Shel. No quiero desprenderme de ninguno de los que tengo: os repito que únicamente la necesidad me hace vender á esos dos infelices.

Hal. Pues amigo, el valor de ellos no cubre la suma que me debeis, y...

ESCENA II.

LOS MISMOS Y EL NIÑO ENRIQUE QUE ENTRA POR LA PUERTA DEL PASILLO, JUGANDO CON UN BOLANTE.

Shel. ¡Enrique!

Hal. ¡Lindo cuervo!

Shel. Ven acá. (*Se acerca el chico y lo acaricia.*)

Shel. Es preciso que luzcas tus habilidades delante de este caballero. Veamos. Anda como el tio Tomás, cuando tiene la gota.

(*El niño se encoje de hombros, y con el baston de Haley* (*que este le dá*) *en la mano y la cara arrugada, dá la vuelta al salon tosiendo y escupiendo á derecha é izquierda como un anciano.*)

Hal. ¡Bravo!

Shel. Enrique ¿Cómo declama el viejo Saul?

Enr. (*Con gravedad y voz natural declama:*)

En los campos del honor
Crece la gloriosa palma!
El que muere con valor
Eleva á la gloria el alma!

Hal. ¡Hurrach! ¡Bravo! bravísimo? este picarillo me conviene; añadidle al trato, y con eso podreis abonar mis pagarés, qué, como sabeis, hoy cumplen.

ESCENA III.

ENTRA ELISA POR EL PASILLO.

Eli. ¡Señor!
Shel. ¿Qué se ofrece, Elisa?
Hal. ¡Cómo!
Eli. Busco á mi Enrique.
Hal ¿Esta es la esposa de mi esclavo Jorge?
Shel. Justamente.
Hal. Y en su consecuencia el chico...
Shel. Hijo de ambos... Idos, Elisa.
Eli. ¡Dios mio! (*Llevándose el niño por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Hal. ¡Por Júpiter! Teneis en vuestro poder un artículo escelente: podriais hacer una gran fortuna con él en Orleans. Figuraos si habré hecho compras de ese género durante mi vida; pues os aseguro que nunca he visto una muestra tan superior.

Shel. No es mi ánimo hacer una gran fortuna. Tomad. Bebed.

Hal. Es muy buena... (*mirando á el vaso*) De primera calidad... lo mismo que el otro género que acabamos de ver. Sin rodeos: ¿cuánto pedís por esa muger?

Shel. No la vendo, señor Haley. Mi esposa no la cederia, aunque se la pagáseis á peso de oro.

Hal. ¡Ba! ¡ba! Las mugeres no entienden de eso: mostrad á vuestra señora los relojes y cadenas que puede comprar con el peso de oro de la consabi-

da, y vereis qué pronto cambia de opinion.

Shel. Basta: os digo que no, de la manera mas terminante.

Hal. ¿Pero á lo menos me dareis el niño? Ya habeis visto que su gracia y belleza me han encantado... de otro modo...

Shel. ¿Qué falta os hace el niño?

Hal. ¿Què falta me hace? Ya! ya... Necesito algunos bonitos muchachos que acrediten mi mercancia: son artículos que dán brillo á los depósitos: los ricos suelen pagarlos muy bien: ahora están de moda para lacayos y otros usos domésticos; y ese travieso chiquillo, me proporcionará un buen negocio.

Shel. No quiero venderle por ahora... Soy humano... me es imposible arrebatar un hijo á su madre.

Hal. ¡Arrebatarle! ¿Quién os aconseja tal cosa? Yo mismo detesto las escenas de horror y de desolacion, y en mis negocios mercantiles, procuro evitarlas cuanto me es posible. Yo no arranco á los hijos, como la mayor parte de los traficantes, de los brazos de sus madres, para ponerlos inmediamente en venta; esta es una mala táctica propia para deteriorar la mercancia, y hacerla inservible por largo tiempo: es mejor hacer estas cosas con humanidad: yo evito las escenas desagradables: los tomo, cuando están lejos de la vista de sus padres y dado este prudente paso de humanidad, todo sigue por buen camino; pierden la esperanza y se conforman con su suerte... ¡Oh! es el fruto de una larga esperiencia!... ¡La humanidad! la humanidad es la base de de mi táctica. Con que vendédmele. ¿Qué sucederá si separais al hijo de la madre? Que un par de semanas despues de la desaparicion del chico, todo volverá á su antiguo ser y estado, y vuestra conciencia quedará tan tranquila como siempre: con que ¿en qué pensais? ¿cerramos el trato?

Shel. Lo consultaré con mi muger. Entretanto, caballero, si se os presenta ocasion de hablar de este asunto, os suplico que seais muy prudente; pues si se divulga el secreto, será muy difícil poder venderos uno solo de mis esclavos... os lo juro.

Hal. ¡Oh! guardaré silencio... pero me interesa saber

cuanto antes vuestra decision.

Shel. Bien: volved dentro de una hora, y os daré una respuesta decisiva.

Hal. Adios. (*Vase por la galería hácia la derecha.*)

Shel. Adios, caballero. (*Desde la puerta.*)

ESCENA V.

SHELBY SOLO.

De buena gana le hubiera hecho rodar la escalera... Conoce la ventaja que le dá sobre mí su posicion de acreedor... ¡Ah! si alguien me hubiera dicho: ¿me vendeis alguno de vuestros esclavos para llevarlos á las plantaciones del Sur? le hubiera respondido: ¿soy algun perro para hacer semejante cosa? y sin embargo, los vendo, y con ellos al hijo de Elisa. ¡Pobre Enrique, que vida le espera en aquel pais en donde son tantos los que ván, y tan pocos los que hay! Voy á dar un disgusto á mi esposa... á tener con ella cuestiones muy desagradables. ¡Dios mio: esa maldita deuda!... adelante. (*Vase por el foro, derecha.*)

ESCENA IV.

SALEN EMILIA Y ELISA POR EL LADO IZQUIERDO.

(*Esta, poniéndole un adorno de flores á su señora.*)

Emi. Pero, Elisa, hija mia, ¿Quién te hace padecer? (*Se acerca Emilia á una mesa de tocador.*)

Eli. ¡Ah! señora: dejadme sufrir.

Emi. ¿Qué es eso Elisa? ¿Quièn te ha maltratado?

Eli, ¡Señora! ¡Señora! acaba de salir de aquí un caballero que ha estado en conversacion con el amo... les he oido...

Emi. Acaba.

Eli. ¡El amo quiere venderle á mi Enrique! ¡A mi pobre hijo...!

Emi. ¡Venderle! ¡oh! no; es imposible. Ya sabes que

tu amo jamás entabló relaciones con los traficantes del Sur; nunca venderá á ninguno de sus fieles servidores, mientras estos se porten bien. ¿Porqué supones que trata de vender á Enrique? Tranquilízate Elisa, esa es una mala inteligencia. Vamos, arregla mi tocado como ayer, y en lo sucesivo hareis muy bien en no escuchar detrás de las puertas, señora curiosa.

Eli. ¿Es verdad que no dareis nunca vuestro consentimiento?

Emi. Jamás... jamás lo daria; yo consentir en la venta de uno de mis servidores! ¡ah! no hablemos mas de eso. La verdad, Elisa, estás muy celosa de tu hijo: no puede llegar nadie á esta casa, sin que al momento te figures que viene á comprarlo.

Eli. ¡Ah! Señora, gracias. Habeis tranquilizado mi corazon... ¿No me veis reir? Han desaparecido todos mis temores.

Emi. Bien, bien, Elisa; has concluido mi tocado con la habilidad y destreza que tienes de costumbre. El carruage me espera, y entretanto voy á hacer una corta visita, puedes cuidar de tu querido Enrique.

Eli. ¡A dios, señora! (*despidiéndose de ella.*)

Emi. ¡Adios, hija mia!

Eli. ¡El cielo os bendiga! (*Emilia desaparece por la galeria, hasta donde la acompaña Elisa.*)

ESCENA VII.

ELISA DESDE LA GALERIA.

¡Ah! Es un ángel! ¡Es una verdadera cristiana! Es imposible que haya otra mejor en el mundo.

ESCENA VIII.

ENTRA ENRIQUE *por la izquierda llamando.*

Enr. ¡Mamá!

Eli. ¡Enrique! ¡ven, hijo mio! ven y verás á tu ama que tanto te quiere.

ESCENA IX.

JORGE *aparece en la galería.*

Jor. Aqui está. (*Se acerca á Elisa y deja caer la mano sobre sus hombros.*)

Eli. ¡Jorge! ¿Eres tú? Me has asustado; ¡pero en cambio soy tan dichosa en volverte á ver! (*Bajando á la escena.*) La señora ha salido y estoy libre. Podemos aquí tranquilamente ocuparnos de nosotros. ¡Qué feliz soy! Pero... ¡Dios mio! ¡Tú no te sonries! ¡no acaricias á tu hijo! ¡Mírale que hermoso es! ¡Mírale!

Jor. ¡Pluguiera al cielo que nunca hubiese nacido!... ¡Ojalá tampoco hubiera nacido yo!

Eli. ¡Dios mio!

Jor. ¡Elisa!

Eli. ¡Deja, déjame llorar!

Jor. ¡Elisa mia! ¡Qué cruel soy en hablarte de este modo! ¡Pobre niña! ¿Porqué me has conocido? ¡Sin mí podrias ser dichosa!

Eli. ¡Ah, Jorge! ¡Jorge! ¿Qué lenguage es el tuyo? ¿Qué horrores han sucedido? ¿Qué infortunio nos amenaza? Hasta estos últimos dias hemos sido tan felices!

Jor. Si, lo hemos sido.... sentémonos. Ven, (*Se sientan en el confidente.*) pobre niño, ven hijo mio, aquí; con tu padre. Es tu retrato, Elisa, y tú eres la muger mas hermosa que he conocido; la beldad que endulza todos mis ensueños... Mas, ¡ay! ¿Por qué nos hemos amado?

Eli. ¡Jorge! ¿Es posible que hables de ese modo?

Jor. Si, Elisa, todo es ¡miseria! ¡miseria! ¡miseria! Mi vida es amarga, como la hiel! estoy condenado á un eterno dolor! aburrido!... sin esperanza alguna! y contaminarte con mis infortunios es cuanto puedo hacer por ti! ¿De què sirve fatigarse para aprender algo y poder ser útil? ¿De qué sirve la vida? ¿No es mil veces mejor la muerte? (*Jorge se levanta y Elisa despues: el niño se retira á jugar por la galería.*)

Eli. Mi querido Jorge! no nos oiga tu hijo! Eso no está bien... lo que dices no es verdad. Sé que has sufrido mucho, desde que tu amo te sacó de la fábrica del señor Wilson! Sí... tu amo es muy cruel... El señor Haley es un infame... pero ten paciencia... yo te lo suplico... tal vez...

Jor. ¡Paciencia! ¿Crees que no la he tenido? Ni una sola palabra pronuncié, cuando sin motivo me separó de un lugar donde me daban tantos testimonios de afecto. Le dí fielmente cuenta de mis ganancias, y todos elogiaban mi buen modo de trabajar.

Eli. Es muy cruel; pero desgraciadamente es tu amo.

Jor. ¡Mi amo¡ ¿Y qué derecho tiene para ser mi amo? Esta es la pregunta que á cada instante me hago. ¿Qué superioridad es la suya? ¿No soy hombre como él? ¿No valgo mil veces mas? ¿No entiendo los negocios mejor? ¿Y tengo yo que agradecerle algo de esto?.. Nada. Cuanto sé, lo debo á mí mismo; yo solo me lo he aprendido, sin su proteccion, á pesar suyo; y sin embargo, me emplea como una bestia de carga. ¿Con qué derecho me separa de una ocupacion, para la cual soy tan á propósito y me destina á los trabajos propios de un caballo? Pretende humillarme, segun dice, y con tal objeto me impone las penalidades mas duras y degradantes.

Eli. Me horrorizas, Jorge. Jamás me has hablado así. Temo que te dejes llevar por alguna idea terrible. Comprendo tus pesares, pero sé prudente, esposo mio... te lo suplico por mi amor: por el amor de nuestro hijo.

Jor. ¡Prudente, ah!... lo he sido hasta ahora; pero mi situacion es cada dia peor. Aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para insultarme, para degradarme. Mi afan ha sido únicamente activar mi trabajo, y desempeñarle bien, para tener algunos instantes libres que poder dedicar á la lectura y al estudio; pero cuanto mayor es mi actividad, mas aumenta mi fatiga con las nuevas cargas que pone sobre mis lastimados hombros; obedezco y trabajo sin replicar, y él interpreta mi buen deseo dicien-

do: que estoy poseido del diablo y que quiere hacerle salir de mi cuerpo; pero... ya es hora de que se ande con cuidado; porque el diablo saldrá uno de estos dias de un modo terrible; de un modo que no le ha de gustar mucho.

Eli. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué será de nosotros?

Jor. Ayer, sin ir mas léjos, cargaba yo mi carro de piedras, y un chico, ahijado suyo, agitaba un látigo junto á las orejas del caballo, que, al verlo se espantaba y queria huir. Le rogué se contuviera, de la manera mas cortés; renové mis súplicas, y me azotó con el mismo látigo hasta que contuve su mano. A sus gritos llegó su padrino, esclamando furioso: «yo te haré ver quièn es tu amo;» y amarrándome á un árbol y escitando al chico, me azotaron los dos hasta que se cansaron, ¡Ah! vendrá dia en que se acordarán ellos de su infame crueldad. (*Esto lo dice con la mayor exaltacion.*)

Eli. ¡Jorge! ¡Tu frente se anubla! ¡Tus ojos brillan de un modo que me hace temblar!

Jor. ¿Con qué derecho se erige ese hombre en mi amo? ¡Es preciso que yo lo sepa!

Eli. Yo he creido siempre que debo obedecer á mis amos.

Jor. En tí se comprende bien. Son tus amos porque te quieren como á una hija; porque te han criado, querido, acariciado... sí... han adquirido derechos sobre tí; pero yo... ¿qué debo al que se llama mio? Si me compró, con mi trabajo le he pagado mil veces mas el precio que diò por mí. ¡No! no quiero ser su esclavo.

Eli. ¡Piedad!

Jor. Ese hombre sabrá que no soy de los que se doblan á los golpes del rebenque... Llegará mi hora... sí, no se tardará mucho.

Eli. ¿Cuáles son tus proyectos, Jorge? solo te suplico que no cometas ningun crímen. Ten confianza en Dios... él te salvará si eres hombre de bien.

Jor. Yo no soy cristiano como tú, Elisa; mi corazon está lleno de amargura; no puedo confiar en tu Dios; ¿porqué permite que tales cosas sucedan?

Eli. Jorge, tengamos fé; mi ama dice que cuando todo parece sernos contrario, debemos estar seguros, que Dios lo conduce todo para nuestro bien.

Jor. Eso se dice fácilmente, desde el sofá, ó desde el coche; pero tirando de un carro, ó amarrado á un tronco, sintiendo que un látigo desgarra nuestra carne, no es la esperanza tan risueña: allí se duda de todo: de todo, Elisa. Mi deseo de hacer bien es ardiente; pero á pesar de este deseo se me revela el corazon... No puedo ya vivir sumiso á mi verdugo. Tú misma te insubordinarias... Sentirias lo que yo siento... ¡si lo supieras todo! No sabes aun nada.

Eli. ¡Dios mio! ¿Qué sucede?

Jor. Escucha. Hace un momento me dijo el amo. «Vas á tomar á Guadalupe por muger; de ese modo tus hijos serán mios, y no tendré que comprarlos.» Olvida á Elisa; ella pertenece á otros amos; de lo contrario, juro venderte para las plantaciones del Sur.

Eli. ¡Es posible! ¿No hemos sido casados ante las aras por un ministro cristiano?

Jor. ¿Ignoras que nosotros no podemos casarnos? ¿Ignoras ¡infeliz! que basta el capricho de un hombre para separar dos esclavos esposos? ¿Ignoras que no hay leyes que garanticen su casamiento?

Eli. ¡Santos Cielos!

Jor. Hé ahí porqué quisiera no haberte visto nunca... no haberte conocido. ¿No hubiera sido esto mejor para nosotros, y para esta infeliz criatura? ¡Qué porvenir le aguarda!

Eli. ¡Pero mis amos son tan buenos!

Jor. ¡Pueden morir y Dios sabe á quién venderán ese niño tan bello, tan gracioso, tan alegre y amable! ¡Ay Elisa! cada una de las gracias de tu hijo, será una espada que te atravesará el corazon. ¡Vale demasiado dinero para que puedas conservarle!

Eli. Tus palabras han herido mi alma. ¿Y mi hijo?

Jor. Míralo allí. (*Señalando para la galería, se dirije por el niño.*)

Eli. La imágen de su amo: de ese maldito traficante, ha aparecido de nuevo en mi fantasía. Voy á

revelárselo todo: pero, no... no; ¡pobre amigo! sus desgracias son ya demasiado acervas... Además, ¿no me ha asegurado el ama?... ¡oh! sí, sí; el ama no me engaña nunca. (*Jorge se acerca con el niño.*)

Jor. Elisa ¡valor! Todo lo sabes ya, hija mia. ¡Adios! Voy á partir.

Eli. ¡A partir! ¡Jorge! ¡A partir! ¿A dónde vas?

Jor. ¡Al Canadá! y desde allí os rescataré. Es la sola esperanza que nos queda. (*Abrazando á los dos.*) Tu amo es bueno y me devolverá á mi muger y á mi hijo.

Eli. ¿Y si te prenden? ¡eso seria horroroso!

Jor. No me prenderán... antes sabré morir.

Eli. ¿Te matarias?

Jor. No; pero, me matarian ellos.

Eli. ¡Jorge! por mi amor sé prudente... no emprendas una mala accion... no lleves nunca tu mano contra ti, ni contra nadie. Estás desesperado, lo veo. Han agotado tu bondad...

Jor. ¡Mi sufrimiento!

Eli. Pero guárdate mucho. Ya que estás resuelto á huir, hazlo con prudencia, y ruega á Dios que te ayude.

Jor. Ruégale tú, que eres un ángel, y él te escuchará.

Eli. Tú tambien, Jorge; ten confianza en él, y te guardará de todo mal.

Jor. ¡Adios, Elisa!

Eli. ¡Adios, esposo mio!

Jor. ¡Pobre hijo de mi corazon! (*Se abrasan; despues Jorge toma el niño en sus brazos, lo besa, y todos tres se dirigen á la galeria. Jorge se va por ésta á la derecha, y Elisa con su hijo por el lateral de la izquierda.*)

ESCENA X.

SHELBY Y HALEY APARECEN EN EL FORO.

Sel. Están cabales todos mis pagarés. (*Por unos que trae en la mano.*)

Hal. Ahora falta vuestra firma. Tomad. (*Le presen-*

ta un pliego manuscrito.) Aquí traigo estendido el documento. (*Se acerca á una mesa donde firma Shelby.*)

Shel. Ya lo teneis firmado. (*Devolviéndoselo.*)

Hal. Está bien; (*repasándolo*) negocio concluido.

Shel. Si, concluido.

Hal. A entrambos se nos puede dar el parabien.

Shel. Espero que no olvidareis vuestra promesa, vuestra palabra de honor: de no vender á esa criatura, sin informaros antes del comprador.

Hal. ¡Graciosa ocurrencia! Aconsejarme lo que vos no habeis sabido hacer.

Shel. Las circunstancias me han obligado á ello.

Hal. Las circunstancias pueden tambien obligarme á seguir vuestro ejemplo. Pero os repito que haré lo posible para colocarle bien. En cuanto á malos tratamientos, nada teneis que temer de mi parte. ¡Ah! vuestra esposa se acerca.

Shel. ¡Mi esposa!

Hal. Si por alguna cosa he de alcanzar el Cielo, es por no haber sido jamás cruel con nadie... Con que adios, caballero Shelby.

Shel. Adios.

ESCENA XI.

APARECE EMILIA Y ELISA; *la primera dándole el sombrero á ésta.*

Hal. Señora... (*Saludándola.*) ¿Qué tal tu cachorro? (*A Elisa y vase.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, MÉNOS HALEY.

Eli. ¡Dios mio! (*Aparte.*)

Emi. Toma, Elisa. (*Alude al sombrero.*)

Eli. Voy señora. (*Lo toma y se retira por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

SHELBY Y EMILIA.

Emi. Arturo; ¿quién es ese vulgar personage?
Shel. ¿Quién? ¿Ese?... se llama Haley.
Emi. ¡Haley! ¿Y què hace ese hombre? ¿qué negocios pueden traerle á esta casa?
Shel. Tuve con él relaciones hace algun tiempo.
Emi. ¿Por eso se ha presentado aquí con tanta franqueza? ¿sin cumplimiento alguno?
Shel. Teníamos que arreglar ciertas cuentas... (¡No sé que decirle!...) (*Aparte.*)
Emi. ¿Será algun traficante de esclavos?
Shel. ¿Quién os ha dicho eso?
Emi. Nadie: únicamente Elisa ha venido ahora poco... antes de que yo saliese, á hablarme muy azorada. Pretendia hacerme creer que estábais en conversacion con un traficante de esclavos, y que trataba de compraros su hijo. ¡Mirad que necedad!
Shel. ¿De veras? (*Aparte.*) Al cabo tendré que decírselo. Vale mas salir pronto de este apuro que me mortifica.
Emi. He regañado fuertemente á Elisa; la he dicho que era una loca, y asegurado que vos no teníais trato alguno con semejante canalla.
Shel. Así es la verdad, Emilia; siempre he pensado y sentido como vos en semejantes asuntos; pero mis negocios están en tan mal estado...
Emi. ¡Qué decís!
Shel. Me he visto obligado á vender algunos de mis negros.
Emi. Pero á ese niño, no, es imposible... decidme que no hablais con formalidad... decidme que no habeis sido capaz de vender al inocente Enrique, único hijo de la pobre Elisa.
Shel. Ya que habeis de saberlo todo... si, es verdad... he vendido á dos de mis esclavos, y desgraciadamente he cerrado tambien, ahora mismo, la venta de esa criatura.
Emi. ¡Monstruo! ¡Ah! perdonadme esta espresion, amigo mio; la amargura que en este instante siento, me la ha hecho pronunciar.

Shel. ¡Monstruo! ¿y porqué? ¿porque acabo de hacer lo que todos hacen y á todas horas?

Emi. ¿Mas porquè habeis elegido precisamente á ese niño? Ya que es indispensable vender ¿no teneis otros esclavos?

Shel. Si, pero quiso á Enrique; puedo vender á Elisa, si lo preferís, me ha hecho por ella las mas ventajosas proposiciones.

Emi. ¿Quién, ese miserable?

Shel. Me acordé de vos, y desprecié sus ofertas. ¿No me agradeceis esta accion?

Emi. Mi querido amigo: me he dejado llevar de mi angustia... ¡estaba tan léjos de sospechar lo que sucede! Desde que casamos á Elisa con Jorge, la he enseñado sus obligaciones de madre cristiana; y aconsejado que cuidase de su hijo con preferencia á todo; que rogase siempre á Dios por él, y le educase religiosamente. ¿Cómo ha de creerme ahora si le vendemos por un poco de dinero, para la ruina de su cuerpo, y de su alma tal vez, á un hombre impío é inhumano? ¡Ay! ¡Arturo, Arturo!

Shel. ¿Sabeis, Emilia que me llenais de desesperacion? ¿A qué tomar con tanto calor una cosa que ya no tiene remedio? Respeto vuestros sentimientos y principios, aunque no están enteramente conformes con los mios; pero en este asunto no hay término medio; es preciso vender á Enrique, ó perderlo todo; mis deudas se han reunido todas en manos de Haley, y si no le pago al instante, estoy arruinado. Antes de terminar un negocio que me es tan repugnante como á vos misma: hice mil esfuerzos; reuní alguna cantidad prestada, convertí en dinero cuantos efectos pude; pero para completar la suma que le debia, me faltaba el precio de esos dos infelices y el de el infortunado Enrique. Haley se prendó de él, y no quiso cerrar el trato, sin la precisa condicion de que habia de cedérselo; ya lo veis, mi suerte estaba á su discrecion; tuve que allanarme á sus deseos. Si tan penosa os es la venta de ese niño ¿qué hubiera sido si se hubiese empeñado en que le vendiera á Elisa?

Emi. ¡Oh! la maldicion de Dios ha caido sobre la

esclavitud! ¡Maldicion al amo! ¡Maldicion al esclavo! ¡Insensata de mí! creia yo que podria sacarse algun buen fruto de ese mal sin remedio, que hiciese llevadera la esclavitud. ¡Oh! es un pecado atroz erigirse en dueño absoluto de otros hombres!

Shel. Las leyes lo autorizan.

Emi. Aun cuando lo autoricen las leyes.

Shel. Ahora os he dado un disgusto, para evitar otros mayores.

Emi. Si, si... (*mirando su relój.*)

Shel. Circunstancias terribles...

Emi. No tengo ninguna alhaja de valor... si unidas todas á esta... ¡Con cuánto gusto me desprenderia de mis joyas! Arturo, este relój era un objeto de gran precio cuando lo compré. ¿No habria bastante para salvar á ese desgraciado?

Shel. ¡Emilia!

Emi. Me contento con salvar, á lo menos al hijo de Elisa.

Shel. ¡Todo es inútil!

Emi. ¡Inútil!

Shel. Vuestra angustia me mata, Emilia; pero repito que me es imposible deshacer lo hecho. Las actas de venta están en poder de Haley; ese hombre ha podido arruinarnos á todos. Si le conociérais como yo, comprenderiais que lo que tanto os aflige ha sido para nosotros una gran fortuna.

Emi. ¿Tan cruel es?

Shel. Un ente endurecido; tiene el corazon de piedra... no respira mas que tráfico y ganancia...... Es pertinaz, insaciable, como la muerte y el sepulcro. Venderia á su propia madre, si esta accion pudiera proporcionarle algun lucro.

Emi. ¿Y ese monstruo vá á ser dueño absoluto del inocente hijo de Elisa?

Shel. Tanto como vos lo siento, creedme. No me atrevo á pensar en ello. Mañana debe de entrar Haley en posesion de sus esclavos.

Emi. Callad, callad! ¡Ojalá me inspire Dios palabras de consuelo para fortalecer el ánimo de esa madre desdichada! No sè lo que será de ella... No me atrevo á imaginarlo... No, no la veré esta noche;

pero mañana sabrá: que si su amo dispone de su hijo, su señora: su madre, sabrá sufrir con ella y por ella. (*Vase precipitadamente por la galeria izquierda.*

Shel. ¡Bien me lo temia!.. pero ¿qué hacer, qué hacer? (*Se retira por el mismo sitio.*)

ESCENA XVI.

SALE ELISA CON ENRIQUE EN LOS BRAZOS MEDIO DESNUDOS, Y CON ROPA EN UN LIO; *en toda la escena estará muy agitada.*

Eli. Se fueron... Estoy libre... (*Coloca al niño dormido sobre el confidente, recostándolo sobre la ropa.*) ¡Pobre criatura!... ¡Te han vendido!... no importa; tu madre te salvará! No tengo lágrimas que derramar... no tengo mas que sangre, y esta sangre hierve en silencio... ¡Mi señora! ¡ah! yo hago muy mal en abandonarla; pero... me es posible hacer otra cosa? Ella misma me ha dicho que un alma vale mas que el universo entero; mi hijo tiene un alma; si yo lo abandonase, ¿qué seria de ella? Estoy convencida de que no soy culpable. Si, si; debo salvarlo. (*Se dirige á una mesa donde escribe con mucho sobresalto, mirando á cada instante hácia su hijo. Notándose alto, escribe.*) «Ama mia, mi querida señora: no me creais ingrata; »no me juzgueis con demasiada severidad. He oido »cuanto vos y mi amo habeis hablado; y voy á ver »si salvo á mi hijo de las manos de ese mónstruo; »¡de ese mónstruo que ha obligado con sus crueldades á que mi esposo huya tambien de su esclavitud! Es una obligacion sagrada. Me dirijo por el »lado del Canadá; perdonadme. ¡Dios os bendiga »y recompense vuestras bondades!» (*Acaba de escribir y mientras cierra la carta dice:*) Ahora acabaré de vestir á mi hijo; si consiguiera no despertarle! (*Se levanta y se dirige al confidente.*) ¡Duerme! ¡Duerme! (*El niño se despierta al tocarlo Elisa.*)

Enr. ¿A donde vas mamá?

Eli. ¡Chist!... (*Empieza á vestir á su niño.*)

Enr. ¿Porqué me vistes, mamá?

Eli. ¡Silencio!

Enr. ¡Mamá!

Eli. ¡Calla, Enrique!

Enr. Porqué?

Eli. Habla muy quedito, porque si nos oyen...

Enr. ¿Qué dices?

Eli. Un hombre muy malo, quiere llevarse á mi Enrique á una cueva muy oscura.

Enr. No, no quiero...

Eli. Su mamá tampoco lo quiere... y vá á ponerse el manton para huir con su hijito. (*Elisa concluye de vestir á su hijo, lo suelta, le dá una fruta y trata de arreglarse ella.*) Toma y calla.

Enr. Toma tú tambien.

Eli. No, no, hijo mio. Mamá no puede comer hasta que haya logrado salvar á su niño.

Enr. ¡Tengo miedo!

Eli. Cuando el hombre malo venga, ya no estaremos aquí; pero has de guardar mucho silencio.

Enr. Pues vamos.

Eli. No, no, espera. Todavia no.

Enr. Si me duermo permitirás que me lleven.

Eli. ¡No hijo mio de mis entrañas! Ven, duerme.... duerme. (*Vuelve á acostarlo como antes, y el niño se queda dormido.*)

Eli. ¡Madres! ¡Si supiérais que vuestro único hijo os iba á ser arrebatado mañana mismo por un brutal traficante! ¡Si con vuestros propios ojos hubiérais visto al hombre que os lo habia de robar! ¡Si vuestros oidos hubieran escuchado el contrato ya firmado y entregado y no os quedaran mas que las breves horas de una noche para verificar vuestra fuga! ¿no os daria alas el amor maternal para salvarlo? ¿Cuántas millas avanzaríais en tan breves horas con el niño en vuestros brazos? Su cabecita dormida sobre vuestros hombros!.. sus brazitos dulcemente ceñidos á vuestro cuello!.. Pero ya es hora... Todo está en silencio. Partamos. (*Toma el niño en sus brazos.*) Parece que me siento animada por una fuerza divina... Si, si... ¡Señor, no me abandoneis! ¡Salvadme, Señor. (*Se vá por la galeria.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Representa el comedor de la casa de Wilson. Puerta al foro que dá á la calle; y otras laterales. Chimenea encendida. Entre los muebles habrá una mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

WILSON SENTADO JUNTO A LA MESA Y MARIA CERCA DE EL.

Wil. Sí, sí, Maria; una buena taza de té caliente, es lo que necesito. ¡Qué oficio tan pesado es el de hacer leyes! ¡Qué carga tan fastidiosa la de senador!

Mar. Aquí teneis el té... (*Un negro lo dispone.*) ¿Y qué habeis hecho en el senado?

Wil. Nada que sea importante.

Mar. ¿Es cierto que han presentado una ley que prohibe dar hospitalidad á esas pobres gentes de color que vagan por el pais? He oido decir que se discute una ley de este género; pero creo que una legislatura cristiana, no deberia aprobarla jamás.

Wil. ¿Qué es eso Maria? ¿de cuándo acá la echais de muger política?

Mar. ¡Jesus què absurdo! no daria un comino por toda vuestra política, pero en cuanto á la ley en cuestion, es inhumana y anti-religiosa; confio que no pasará.

Wil. Os esplicaré lo que hay sobre el particular.

En efecto, se ha votado una ley que prohibe favorecer la fuga de los esclavos de Kentuki. Los abolicionistas han abusado tanto, que nuestros hermanos se han alarmado vivamente, y ha llegado á ser indispensable á nuestro estado, no menos que justo y cristiano, hacer algo para calmar la agitacion.

Mar. ¿Y qué ley es esa? Espero que no nos impedirá dar hospitalidad por la noche á esas pobres criaturas, alimento y abrigo, y dejarles proseguir tranquilamente su viage.

VVil. Ya se vé que lo impide; ¿No conoceis que eso es precisamente ayudarles, protejerles?

Mar. Wilson. ¿Creeis que semejante ley será justa y cristiana?

VVil. ¿Porqué no?

Mar. Espero, á lo menos, que le habreis negado vuestro voto?

VVil. Estais muy equivocada, esposa mia.

Mar. ¿Habeis votado en favor de esa ley?

VVil. He obedecido mi conciencia.

Mar. ¡Conciencia! ¿Dónde está vuestra conciencia? deberiais avergonzaros, Wilson. ¡Pobres, inocentes criaturas, sin asilo, sin familia!... ¡Oh! es una ley bochornosa, abominable. Sabedlo, yo seré la primera que la violaré cuando se presente la ocasion. ¡Bien andarian las cosas, si una muger no fuese libre de dar una cena caliente y una cama á esos infelices hambrientos, desnudos y muertos de frio, por la sola razon de que son esclavos, y de que es costumbre maltratarlos y oprimirlos!

VVil. Tranquilizaos, Maria, y escuchadme. Vuestros sentimientos son muy generosos y dignos de vos; pero, considerad, vida mia, que no es prudente dejarse llevar por ciertos impulsos, al parecer benéficos, y que sin embargo estravian el juicio. Aquí no se trata de sentimientos individuales. Están de por medio los grandes intereses públicos, y la agitacion crece en el pais hasta un punto, que para conjurar los peligros, es preciso dejar á un lado toda consideracion particular.

Mar. Wilson; verdad es que nada entiendo de po-

lítica; pero la Biblia me enseña á dar de comer al hambriento, á vestir al desnudo, á consolar al afligido, y quiero seguir los preceptos de mi Biblia á pesar de todas las leyes del mundo.

VVil. ¿Y si vuestro modo de obrar acarrease una gran desgracia pública?

Mar. ¡Imposible! La obediencia á Dios jamás acarrea calamidades públicas. No puede ser, no... lo mas seguro es hacer siempre lo que Dios manda.

VVil. Escuchadme y os demostraré por un argumento convincente...

Mar. Wilson, á pesar de vuestros argumentos, y de todos vuestros discursos, vos mismo no hariais nada de lo que decís. Y si no, respondedme; ¿os atreveriais á arrojar sin piedad de vuestra casa, á una pobre criatura, helada, hambrienta, solo porque es fugitiva? ¿os atreveriais? (*VVilson la escucha con impaciencia.*)

VVil. Os diré, esposa mia.... en cuanto á.... atreverme...

Mar. Quisiera en verdad veros hacer semejante cosa. Arrojar á la calle á un desvalido ó amarrarlo vos mismo y conducirlo á la cárcel; ¿no es cierto que seria una accion heróica que os haria mucho honor?

VVil. Cierto, seria un deber muy penoso de cumplir... pero...

Mar. Un deber... A lo menos Wilson no empleeis esa palabra. Bien sabeis que no es, ni puede ser semejante conducta un deber. Para impedir que los esclavos huyan, yo no encuentro mas que un medio: tratarlos bien: esta es mi doctrina...

Wil. Pero...

Mar. Desengañaos: cuando son dichosos no piensan nunca en fugarse.

Wil. Pero, Maria ¿No habeis de permitir que os haga mis reflexiones?

Mar. No, no quiero reflexiones sobre este punto. Vcs-otros los políticos, habeis aprendido el arte de terjiversar las cuestiones, oscureciendo las que son mas claras y sencillas. Además, yo sé que ni vos mismo dais crédito á vuestras propias decisiones,

cuando llega el momento de ponerlas en práctica. Os conozco muy bien, Wilson; sabeis que es justo lo que yo digo, y me atrevo á asegurar que en un caso hariais lo mismo que yo.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y ELISA CON ENRIQUE EN LOS BRAZOS.

El trage de Elisa debe venir en el mayor desórden y desgarrado, segun lo marca el diálogo.

Eli. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Salvadme! ¡Oh señor Wilson! ¡Salvadme! ¡Ocultad á mi hijo!... ¡Enrique! ¡Enrique mio! ¡Ay! (*Cae al suelo.*)
Mar. ¡Es Elisa!... miradla...
Enr. ¡Mamá!...
Wil. ¡La esclava de Emilia!
Mar. ¡Qué maltratada viene!... mirad!... ¡sus manos desgarradas! ¡sus piernas salpicadas de sangre! Pronto; pronto, avivad ese fuego!
Wil. ¡Infeliz criatura! dadle alguna cosa para que vuelva en sí. Ven niño, ven aquí, al fuego.
Enr. No... no; ¿y mi mamá?
Wil. Ahora, hijo mio, ahora. (*Se lo lleva al fuego.*)
Mar. A ver; tal vez con esto consiga reanimarla. (*Le aplica un pomito á la nariz.*)
Eli. ¡Ah! (*Volviendo en sí.*) ¿Y mi hijo? Mi Enrique dónde está?
Enr. Aquí; mamá.
Wil. Està aquí, Elisa.
Eli. ¡Ay! ven, ven, hijo mio. No te apartes de mí. ¡Señora! protejednos, no me lo dejeis arrebatar!
Mar. Tranquilízate, hija mia; aquí nadie te hará mal.
Wil. Aquí estás segura. Pero ¿á quién temes? ¿Qué significa esto? ¿No eres la esclava de mi hija Emilia?
Eli. Si señor.
Wil. ¿Te trata mal?
Eli. Como una madre cariñosa.

Wil. ¿Su esposo tal vez?...
Eli. Mi amo, me ha colmado siempre de beneficios.
Mar. ¿El pais quizá?...
Eli. Era para mí una morada deliciosa.
Wil. Entonces, ¿qué te ha movido á abandonar tan agradables sitios, y á separarte de tan buenos amos, esponiéndote á grandes penalidades y peligros?
Eli. ¡Ah! Señora! no tengo mas que este hijo. No he dormido una sola noche sin él. Es mi único bien! mi consuelo! mi orgullo! ¡y querian arrebatármelo!
Mar. ¡Cómo!
Eli. Si, querian venderlo... enviarlo al Sur; solo... un ángel inocente, que nunca se ha separado de su madre. Esto no podia ser, ni debia yo consentirlo, señora. ¿Qué hubiera sido de mí, sin mi hijo? ¿Qué hubiera sido de esa pobre criatura lejos de su madre? Supe que estaban firmados los contratos, que se hallaba vendido, y no vacilé un momento. Esta noche, apenas quedó la casa entregada al reposo, lo tomé en mis brazos y emprendí la fuga. Al amanecer, ya cerca de la opuesta orilla del rio, sentí ruido como de caballos detrás de mí: estreché á mi hijo: seguíame el hombre que lo compró, acompañado de algunos criados suyos: acelerè cuanto pude mi carrera: ya estaban cerca de mí ¡oh, qué angustia! oíales hablar á corta distancia, y haciendo el último esfuerzo, me lancé al agua, asegurando contra mi seno al desgraciado niño.
Wil. ¿Pero cómo atravesaste la corriente del Ohio?
Mar. Si, ¿cómo?
Eli. ¡Por el hielo!
Mar.
Wil. } ¡Por el hielo!
Eli. Si, por el hielo, he atravesado el rio con el auxilio de Dios. Mis perseguidores llegaron cerca de mí... no me quedaba otro recurso... miré al cielo... lancé un grito de angustia... é impelida por esa fuerza sobrenatural que solo Dios concede á los desesperados, de un ligero salto me arrojé á la corriente del Ohio, por cima de las aglo-

meradas masas de hielo. Fuè un salto frenético, que solo era posible á la locura y á la desesperacion.

Mar.
Wil. } ¡Qué horror!

Eli. Los fragmentos de hielo crujian, se hundian y destrozaban debajo de mis pies. Dando chillidos como un ave estraña, parecia que volaba, y sin embargo, caminaba sobre tajantes vidrios.

Mar. Sigue, hija mia.

Wil. Sí continúa.

Eli. Saltando de una en otra masa de hielo, resvalando, cayendo, levantándome, huia sin reflexionar, sin ver, sin sentir. Mis zapatos los arrojé al agua, para que no entorpecieran mi ligereza; mis medias, las fuí dejando en el hielo, desgarradas, ensangrentadas, y con pedazos de carne.

Mar. ¡Ah! eso es horroroso!

Wil. ¡Eres una valiente jóven! Has conquistado la libertad de tu hijo. Yo la protejeré...

Mar. ¿Tú?

Eli. ¡Ah, señor! Dios os bendiga. Ven, Enrique mio, ven, llega, y besa los pies á tu libertador.

Wil. Basta, basta. No hablemos mas de esto.

Eli. Y vos, señora...

Wil. (*Aparte.*) Ha logrado enternecerme, y debo mostrarme impasible como hombre de estado. ¡Ah! ¿por qué no me es lícito llorar como á los demas mortales?

ESCENA III.

LOS MISMOS Y SAUL QUE ENTRA.

Saul. El señor Shelby acaba de llegar. (*Vase.*)

Eli. ¡Mi ama!

Mar. ¡Mi hija!

Wil. ¡Ella!

Eli. ¡Oh! yo me arrojaré á sus plantas y le pediré perdon.

Wil. ¡No, no, Elisa! Eso seria imprudente. Maria, id, llevadla adentro: ¡pobre criatura!... necesitará descanso: yo me arreglaré con Emilia, y luego ya veremos... sí, te salvaré, salvaré á tu hijo.

Eli. ¡Oh, Señor! Sois un ángel.

Wil. Idos, idos.

Eli. El cielo os bendiga. (*Vanse por la derecha.*)

ESCENA IV.

WILSON SOLO.

¡[redacted]! Tal vez Shelby no hallarà mi conducta propia de un pariente y de un vecino, pero ¿qué he de hacer? si algun dia sucede otro tanto con alguno de mis esclavos, no me quejaré por cierto de que imite mi modo de proceder; ver à una débil muger, á una tierna madre, luchando por salvar à su hijo; verla perseguida por mala gente y declararme en su contra... eso no lo haré yo jamàs. No soy cazador de la raza humana.

ESCENA V.

EL MISMO Y EMILIA.

Emi. ¡Padre!

Wil. ¡Emilia!

Emi. ¡Padre mio! ¿Y mi Elisa? ¿no ha venido? si, si, ella debe de estar aquí, es preciso... No puede haber ido á otra parte... en estos sitios no conoce mas que la casa de mis padres.

Wil. Pero, Emilia, hija mia; esplícate: ¿qué sucede?

Emi. ¡Qué sucede! ¡Ay! una gran desgracia. Mi marido se ha visto precisado à vender el hijo de Elisa, y ella, ¡la pobre madre!... pero... ¡por Dios! respondedme; ¿no la habeis visto?

Wil. Tranquilízate, Emilia.

Emi. ¿Tranquilizarme? ¡Cuando Haley, ese infame traficante viene en persecucion de su presa! ¡Cuàndo, si no està aquí, la tendrà ya entre sus manos!. ¡Cuàndo le arrebataràn su hijo, y la pobre madre morirà de desesperacion!

Wil. ¿Pero tú, que pretendes?

Emi. Salvarla.

Wil. ¿Y de qué modo?

Emi. No sé, pero quiero salvarla.

Wil. ¿No dices que su hijo ha sido vendido por tu esposo al señor Haley?

Emi. Si señor; pero es preciso salvarla.

VVil. ¿Y tu esposo porqué razon ha efectuado esa venta?

Emi. Porque se le cumplian ayer ciertos pagarés que obraban en poder de Haley, y tuvo que acceder à sus exijencias. Me incomodé con él, le hice presente mis sufrimientos, le ofrecí mis joyas, y nada; contestó que habia firmado los contratos, y que su honor no le permitia hablar mas del asunto, añadiendo que: debiamos tener por una gran fortuna aquel suceso, porque de otro modo se hallaba arruinado.

VVil. ¡Arruinado! ¿Y tú, cómo te atreves, imprudente, á ponerlo en un descubierto para con el comprador? ¿No ves que tu interés puede comprometer el crédito de tu marido?

Emi. Bien lo veo, padre mio; pero ella se morirá si le arrebatan á su hijo, y Dios nos tomará cuenta de su muerte. Es, pues, preciso que me ayudeis á salvarla.

VVil. (*Aparte.*) No sé si convendria decirle que se halla aquí, ó si debo avisarle á su esposo.

Emi. ¡Ah! si hubiérais visto como yo anoche, cuando descubierta la fuga de Elisa, llegó Haley à mi casa, avisado por Shelby, la cara de esa hiena anunciando la venganza que estaba dispuesto à tomar. Si lo hubiérais visto blasfemar, arrojàndose sobre sus caballos, y emprender la persecucion de esa infeliz criatura, à quien yo he criado; hubiérais, como yo seguido sus huellas para defenderla, para salvarla.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y SAUL.

Saul. El señor Haley con otro caballero, pide permiso para entrar.
Emi. ¡El! Ah, Dios mio!
VVil. Càlmate, Emilia, càlmate. Està bien; que pase. Conviene que no te vea.

ESCENA VII.

VASE SAUL.

VVil. Dentro està tu madre; ella quizà sepa, lo que es de Elisa.
Emi. ¡Mi madre! ¿cómo pues?...
VVil. ¡Silencio! Entra. (*Emilia se vá por el lateral derecho.*)

ESCENA VIII.

WILSON SOLO.

Ese hombre està aquí; no le diré nada; yo nada debo resolver hasta que Shelby disponga lo que debe hacerse.

ESCENA IX.

EL MISMO Y ENTRAN HALEY Y LOKER.

Hal. ¡Oh señor VVilson! (*Saludándole.*)
VVil. Caballero. ¿A què debo la honra de veros en mi casa? (*Saludándolo.*)
Hal. A una desgracia, amigo mio; á una desgracia de que yo solo me debo culpar. Por hacer un bien...
VVil. ¡Cómo así!
Hal. Vengo con este amigo y antiguo sócio, el señor Loker, que tengo el honor de presentaros...
Lok. Servidor vuestro.
VVil. Gracias.

Hal. En persecucion de una maldita negra, que tiene una lejion de diablos en el cuerpo. Como os decia, por hacer un bien al señor Shelby.

VVil. ¿El esposo de mi hija?

Hal. Justamente. Le tomé un negrillo, en union de otras mercancias, con lo cual pudo pagarme, saliendo de graves apuros; pero á las dos horas mi hacienda se habia fugado. La madre del cachorrillo, no sé de qué modo, supo que su hijo habia cambiado de dueño y cargando con él, huyó para estos sitios. La he visto pasar el Ohio, y probablemente estará oculta en una de estas fábricas.

VVil. Y bien, ¿sospechais?...

Hal. ¡De vos! nunca. Acabais de votar una ley que impone una grave pena al que oculte en su casa un negro fugitivo; pero vuestra humana hija ha pasado conmigo el Ohio...

VVil. ¡Señor Haley!

Hal. No, no quiero decir precisamente que venga á favorecer la fuga de su negra, porque esto seria perjudicar á su esposo en mil pesos lo menos, y...

VVil. ¿En qué puedo serviros?

Hal. ¡Ah! si. Venia á descansar un rato con mi amigo Loker, en tanto que mis criados andan en persecucion de...

VVil. ¡Ah! en ese caso, mi casa está á vuestra disposicion. Haré que os sirvan cerveza. Si quisièrais escribir, ya sabeis, allí está mi despacho. Graves ocupaciones me impiden acompañaros.

Hal. No, no; por nosotros no os detengais.

VVil. Señor Haley, Adios. Caballero, esta casa es vuestra.

Lok. Gracias; yo soy vuestro servidor.

VVil. (*Aparte.*) ¿Cómo saldré de este laberinto? (*Vase por el foro derecha.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS MENOS WILSON.

Lok ¡Esta cara!...

Hal. Es un hombre de una moral severa. Pero sen-

témonos y hablemos de nuestro asunto. Por de pronto, amigo Loker, (*un negro sirve cerveza*) ya tenemos aquí cerveza, que por cierto debe de ser muy buena. A ver, (*presentando el vaso al negro*) echános. (*El negro derrama el líquido.*) ¡Ah, perro! no daria por tí cuarenta pesos. Bien, retírate. ¡Oh! esto es lo que se llama tener buena estrella. Vengan esos cinco, amigo Loker.

Lok. ¿Pero qué diablos te ha traido por estas tierras? porque hasta el presente no he podido entender una palabra de estos enredos... de si la madre, de si el chiquillo. Desde que me encontraste en la opuesta orilla del rio...

Hal. ¡Ah Loker! No podia tener mejor encuentro. Estaba en una posicion muy crítica, y era indispensable que me ayudases.

Lok. Bien; pero...

Hal. ¡Estoy en un infierno!

Lok. Si no es mas que eso, lo creo sin que me lo jures. En el infierno estás en tu propia casa. Esplícate.

Hal. Si supieras lo que me alegro de verte; pero bebe.

Lok. Cuando estás contento de ver á alguno, no cabe duda de que necesitas de él. Veamos, ¿qué te se ofrece?

Hal. ¡Mis negocios andan muy mal, amigo Loker!

Lok. Yo nada te he pedido; con que al grano.

Hal. Pues has de saber, que pienso hacer un embarque de negros para el Sur, á ver si puedo ganarme alguna cosa, á fuerza de trabajos y economías; porque te repito...

Lok. ¡Hun! Adelante.

Hal. Para ello, empecé por hacerme de algunos créditos contra personas bien acomodadas; pero de situacion crítica, lo cual me proporcionaria la ocasion de cobrar en negros...

Lok. Con no poca ventaja.

Hal. Pues...

Lok Adelante.

Hal. Shelby era uno de mis deudores, y apremiado ayer por mí, pude sacarle tres esclavos, entre ellos

ese chiquillo, que por su viveza y habilidad te confieso que me encantó. Firmose la escritura de venta, y hoy debia tomar posesion de ellos, cuando, hé ahí que á las dos horas de despedirme de Shelby, recibo un aviso suyo con urgencia. Corro á su casa, y ¿qué crees que me noticia? El chico es hijo de una esclava suya y avisada ésta, no sé por quién, de lo que ocurre respecto al muchacho, se habia fugado con él en sus brazos, sin que nadie supiera por dónde, ni hácia donde se encaminaba.

Lok. ¡Jà já já!

Hal. Figúrate: esta noticia fué un cólera para mi comercio; yo que pensaba sacar por el negrillo lo menos quinientos pesos...

Lok. ¡Já, jà, jà! No ha sido mala jugarreta: eso se llama salir el tiro por la culata.

Hal. El maldito comercio de niños dá tantos quebraderos de cabeza. Si se pudiera hallar mugeres que no hicieran caso de sus chiquillos...

Lok. Fuera un gran descubrimiento! el comercio ganaria mucho, y por consiguiente tambien la civilizacion.

Hal. Yo no entiendo de eso. Cuando parece que deberian alegrarse de que se les quitara un estorbo, se ponen como furias. ¿Para qué le sirven los chiquillos?

Lok. Para darles molestias.

Hal. Y sin embargo; cuantas mas incomodidades les causan, mas aficion les tienen. Otros dos negrillos he comprado en todo el curso de mis negociaciones, ambos con sus madres. El uno era un chiquillo enfermizo, no he visto en mi vida cosa mas diforme; jorobado, vizco... y qué se yo. No sabiendo que hacer de él, lo regalé á un hombre que tuvo la humorada de quererlo educar. Esto, ya ves, era una fortuna para la madre y para el hijo. ¿Creerás que me lo agradeceria? pues nada de eso, ¡quia! se duda sin presenciarlo. No parecia sino que quisiera mas porque era contrahecho, lloron, enfermizo, y la estaba atormentando sin cesar. Lloraba y gritaba, como si el mundo se acabase, y gracias á la muerte del chico, que sino, acaso

no hubiera conservado á la madre.

Lok. Mal método, amigo mio, mal método.

Hal. El otro era hijo de una hermosa negra que compré bajando el rio Rojo; bien formado, los ojos particularmente los tenia brillantes como los tuyos. Con todo, quise examinarlo de cerca, y ví que estaba averiada la mercancía.

Lok. ¡Cómo!

Hal. El maldito rapáz era ciego.

Lok. ¡Demonio!

Hal. Ya ves; ¡què habia yo de hacer con un muñeco sin vista! Le cambié por un barril de aguardiente destilado.

Lok. Muy bien hecho.

Hal. Si hubiera podido hacerlo...

Lok. ¿No pudiste hacer el cambio?

Hal. Escucha: ahora viene lo mas gracioso. Cuando quisieron quitar el chico á la madre, se puso como una leona; aun estábamos anclados, y no habíamos amarrado los negros; trepó como un gato por las balas de algodon, tomó un cuchillo de las manos de un marinero, y contuvo á todo el mundo. Conoció por fin que era inútil la resistencia y...

Lok. Se allanò à la razon?

Hal. ¡Quia! se tiró al agua con su hijo, se hundió, y no he sabido mas de ella.

Lok ¡Bah! eres un pobre diablo. A mí no me suceden esas cosas.

Hal ¿Y cómo impides tales desgracia?

Lok ¿Cómo las impido? Cuando compro una muger con hijo, le arrimo el puño cerrado á la nariz, y le digo: cuidado con lo que haces, porque á la menor queja te aplasto la cara. No quiero oir ni una frase, ni una palabra, ni media. Ese chico ya no te pertenece, es mio; ¿lo oyes? Voy á venderle; guàrdate mucho de lloriquear, porque sino... (*amenazándola con el puño.*) Esto basta para tener á las madres tan mudas como los peces, y si por casualidad hay alguna que grite... (*amenazando con el puño.*)

Hal. ¡Ya! ¡pero eso es inhumano! ¡Eres severo en demasía! Acuérdate de nuestras disputas en Natchez sobre este particular; te probé entonces,

lo mucho que se gana en tratar bien à los esclavos, tanto para este mundo como para el otro; por que al fin y al cabo ha de tirar el diablo de la manta, y las malas acciones...

Lok. ¡Bah! bah! no vengas ahora á romperme la cabeza con semejantes sandeces.

Hal. ¿De qué sirve hacer mas daño del que es verdaderamente preciso? Mi idea, mi pensamiento, todo mi afan, se reduce à manejar mi comercio de manera, que en poco tiempo me produzca mucho dinero; pero, amigo, el dinero no basta para hacer la felicidad del hombre.

Lok. ¡Já, já, jà!

Hal. Nada me importa que te burles de mí; no me avergüenza decir que creo en la religion, y uno de estos dias, cuando me halle un poco desahogado, pienso de ocuparme sériamente de mi alma. El asunto es grave, y...

Lok. Muy de cerca has de registrar tu pellejo, para encontrar un alma en èl. Ni el mismo diablo con anteojos, aun cuando te pase por una criba, ha de atraparla; con que hablemos del asunto; ¿de qué se trata? ¿De alcanzar á tu fugitiva?

Hal. Ya te he dicho que esa jóven no me pertenece; yo solo soy propietario de su hijo.

Lok. Bien: hazme una pintura de ella.

Hal. Es blanca, hermosa, bien educada; hubiera dado mil pesos por ser su dueño, y nada hubiera perdido.

Lok. ¡Blanca y hermosa! es un negocio de oro: buena ocasion de trabajar por mi cuenta; haré por cojerla y como es natural, el niño será para tí; y la jóven, me la llevaré á Nueva-Orleans para especular con ella. ¿Qué te parece?

Hal. Pero, yo tendré mi parte en la ganancia?

Lok. ¡Avaricioso! te daré el chiquillo; ¿qué mas quieres?

Hal. Me parece que habiéndote proporcionado el negocio, bien merezco aunque no sea mas que el diez por ciento de la ganancia líquida.

Lok. Pues no faltaba mas; tú sabes que mi principal ejercicio, es cojer los negros fugitivos, tomando el

dinero que sus amos han ofrecido por ellos, si es que no puedo apropiármelos. ¿Crees que me echaria á correr hasta arrojar los bofes por esos caminos, en persecucion de la mulata para hacer la *olla gorda* á un rico comerciante como tú? Estás en un error, y si me apuras, me quedo con la madre y con el hijo.

Hal. ¡Demonio! ¿No soy yo su propietario?

Lok. ¡Bah! ¡bah! si tienes la osadia de venir á buscarlo, te juro que serás bien recibido... ya yo te conozco y...

Hal. Nada, nada: lo que tú quieras; lo que has dicho antes... yo me contento con el niño, y conozco es muy justo que hagas una buena especulacion con la madre; con que negocio concluido.

Lok. No lo veo yo asi.

Hal. ¿Pues qué falta?

Lok. ¿Qué falta? ¿he de trabajar de valde para tí?

Hal. No te entiendo.

Lok. Pues bien claro hablo. Me has de dar cincuenta pesos por el niño.

Hal. ¡Loker!

Lok. ¡Sí, dudas!...

Hal. Bien, hombre, corriente; quiere decir que al entregármelo...

Lok. No, no; y si se me escapa la jóven? Vengan los cincuenta pesos ahora, ahora mismo.

Hal. ¡Esto mas! ¿Con que pretendes que te pague antes de saber el éxito de tus diligencias?

Lok. Justamente, sino...

Hal. Hombre basta! pero es el caso que no traigo encima los cincuenta pesos.

Lok. No le hace, me firmarás un pagarecito; ya sabes que tienes el escritorio á tu disposicion; con que...

Hal. Convenido.

Lok. ¿Oyes, tú tendrás alguna prenda de la madre, ó del chico, que puedan olfatear mis perros para dar mas fàcilmente con la presa?

Hal. No tengo; pero aun cuando la tuviera, no te la daria, porque los dientes de tus perros podrian averiarme la mercancía.

Lok. En efecto. Algunas veces reflexionas bien. Precisamente consiste mi ganancia en la belleza del artículo, no conviene que mis perros la deterioren. Me acuerdo de cierto dia que despedazaron á un negro antes de que yo llegase. Está bien; al negocio.

Hal. Vamos, si; que se hace tarde y pueden ser preciosos los instantes. (*Se dirigen á la puerta de la izquierda y Loker cede el paso á Haley con ironia.*)

Lok. Pasad.

Hal. ¡Anda, bribon!

Lok. Tus lecciones. (*Entra por el lateral izquierdo.*)

ESCENA XI.

SALE ELISA MUY AGITADA.

Eli. ¡No puedo descansar!... ¡Me es imposible dormir! ¡Dormir! ¡Estando tan de cerca el peligro! No. ¡Mi cuerpo desea el reposo; pero mi alma quiere estar alerta! alerta! para evitar una sorpresa. Cuando el sueño empieza á adormecer mis sentidos, me figuro ver la sombra de un hombre que aparece junto á la cabecera de mi lecho. Entonces aterrorizada, me oculto entre las ropas; pero la sombra se me acerca mas... y mas... hasta tocar mi cuerpo, y con sus uñas, como las de un tigre, desgarra mis carnes arrancando de mi mismo seno, con satánica sonrisa, la mas preciosa de mis entrañas. ¡Ay! esta entraña es mi hijo, y la sombra horrible que me lo arrebata, es el mismo Haley! ¡Enrique! ¡Enrique!

ESCENA XII.

LA MISMA Y ENRIQUE.

Enr. ¡Mamà? ¿porqué me abandonas?

Eli. ¡Ay! Ven, ven, hijo mio! No te separes de mí. (*Aparte.*) Es preciso huir de aquí. (*El niño se en-*

tra en la habitacion en donde entró antes Haley, sin ser visto de Elisa.) No debo causar perjuicios á esta buena familia, que tan benéficamente me ha hospedado. ¡Dios se lo premie! (*Se arrodilla:*) ¡Madre mia! ¡Vírgen santísima! Tú que huistes con tu precioso hijo entre los brazos , de las persecuciones del tirano Herodes; tú, que á cada instante te creias descubierta y alcanzada por los verdugos; tú, que, en tus temores, verias el cuello del divino Jesus bajo la cuchilla sangrienta; compara con los tuyos mis dolores, y proteje á esta infeliz madre!

Enr. ¡Mamá! (*Dentro.*)

Eli. ¡Hijo mio! (*Levantándose.*)

H*al.* ¡El es! (*Dentro.*)

Eli. ¡Esa voz!

ESCENA XIII.

SALE ENRIQUE PRECIPITADAMENTE: DETRAS HALEY DEL MISMO MODO.

Enr. ¡El hombre malo! (*Corre á su madre.*)

Eli. ¡Dios mio! (*Lo toma en sus brazos.*)

H*al.* ¡Oh! ya los pillé! Aquí estàn!

Eli. ¡Salvadme, Señor! (H*uye para el foro.*)

H*al.* ¡No te escaparàs! (*corre tras ella y le quita el manton.*)

Eli. ¡Ay! (*Sale y cierra la puerta.*)

ESCENA XIV.

HALEY SOLO.

¡Me ha encerrado! ¡Infame negra!

ESCENA XV.

EL MISMO Y LOKER.

H*al.* ¡Estaba aquí! ¡y ahora volverà á huir! ¡Señor VVilson! ¡eh mosos! ¡abridme! ¡Pronto! ¡que se

me escapa! ¡Pillar à esa ladrona! ¡Qué me lo roba! ¡Pilladla!
Lok. Já, já, já!
Hal. ¿Te ries?
Lok. Està de Dios que me has de abonar este pagarecillo.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, MARIA Y EMILIA.

Mar. ¡Señor Haley! ¿Qué gritos son esos?
Hal. ¡La esclava! ¡La esclava! que la acabo de ver con su hijo! que me ha cerrado esta puerta!
Emi. á Mar. ¿Pues no me habeis dicho que estaba descansando?
Hal. Mandad abrir esa puerta al punto, ó creeré que sois cómplices.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS Y SHELBY POR EL FORO ABRIENDO LA PUERTA.

Emi. ¡Mi esposo!
Hal. ¡Qué veo! ¡Vos aquí! ¿Y Enrique? ¿Y vuestra esclava? ¿Me direis que no la habeis visto?
Shel. ¿Yo?
Hal. ¡Acaba de salir de aquí! ¡Estaba oculta en esta casa!
Shel. (*Aparte.*) ¡Todo lo comprendo! (*Mirando á su esposa.*)
Hal. Es preciso seguirla al instante.
Lok. ¡Chis! Calma.
Shel. Se seguirá. Yo pondré remedio à estos escándalos; pero en tanto, señor Haley, advertid que hay señoras delante y que os debe pesar el sombrero en la cabeza.
Hal. ¡Tambien es curiosa la advertencia! Disimulad, señoras! Ya está corregida mi falta de urbanidad; (*se quita el sombrero*;) pero por lo demàs, yo no

puedo creer que vos esteis ignorante de estas cosas.

Shel. ¡Caballero! ¿Cómo debo entender vuestras palabras? Habeis de saber, que solo conozco una manera de contestar à cualquiera que se atreve á sospechar de mi honor.

Hal. (*Aparte.*) Está orgulloso, desde que le entregué sus pagarés, que dá grima.

Shel. Habeis de saber, que á no considerar que vuestro mal humor tiene algun fundamento, no hubiera tolerado vuestro modo grosero, de estar en esta casa. Sírvaos de aviso para otra vez. Apesar de las apariencias, no puedo permitir, ni permitiré nunca, que se emita la mas leve sospecha de mi lealtad. En cambio, considero como una obligacion ayudaros, para que entre en vuestra posesion lo que os pertenece.

Hal. Es, que con esas huidas, puede deteriorarse mi alhaja, y vos debíais habérmela entregado sana y salva.

Shel. En tal caso, con su madre os pagaré.

Emi. ¡Con su madre!

Mar. ¡Cielos!

Hal. Sois un cumplido caballero. Perdonadme.

Shel. Basta.

Hal. Este manton (*á Loker en alta voz;*) le pertnece, corramos, y en caso necesario, que tus perros luzcan su habilidad.

Las dos. ¡Qué horror!

Shel. (*á Emilia.*) ¡Señora! vuestra imprudeneia ha dado lugar á ello. (*Haley y Loker se ván por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Representa un patio cubierto del parador de Samuel á orillas del rio Ohio. Una chimenea encendida en el lateral derecho. Puerta al foro que dà à la calle. En el lado izquierdo un mostrador donde está Samuel, y un armario con botellas. Puertas numeradas, en ambos laterales. Varios grupos de marineros fumando y tomando cerveza y aguardiente, sentados al rededor de las mesas, que estarán colocadas en el lado derecho. Cerca del proscenio, habrà una que estará desocupada hasta su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

Marinero 1.º ¡Trae fuego! (*al mozo del parador.*)
Idem. 2.º ¡A mí una botella de rom!
Idem 1.º ¡El tiempo està muy frio y húmedo!
Idem 2.º ¡Lava antes esos basos, ó te los estampo en la cabeza!
Sam. Vamos, vamos; pocas amenazas, que aquí se sirve á todo el mundo, como Dios manda.

ESCENA II.

WILSON ENTRA POR EL FORO Y SE DIRIGE A LA MESA DESOCUPADA.

Wil. Mozo! Trae una botella de cerveza con limon, y prepárame un cuarto. ¡Qué noche! ¡Cómo llueve! vengo calado hasta los huesos. Coloquémonos aquí mientras me preparan la habitacion. (*Se

sienta en la mesa desocupada.) Pues señor, no puedo descubrir el paradero de esa desventurada; y sin embargo, no debe de estar muy léjos de este sitio. ¡Cuànto no será el sentimiento de Emilia al presentarme sin noticia de Elisa!

Sam. ¡Caballero! Tened la bondad de decirme vuestro nombre, supuesto que os vais á quedar esta noche en mi parador.

Wil. Cómo. ¡Ya no me conoceis!

Sam. ¡Qué veo! ¡Mi respetable señor Wilson! No, no os movais. ¿Y á que debo la honra de teneros en mi casa?

Wil. El mal tiempo, amigo Samuel, y mis achaques, me obligan á hacer esta escala, aun cuando mi casa, como sabeis, solo dista de aquí algunas leguas. (*El mozo trae cerveza.*) Salí á arreglar unos asuntos por estos alredores, me alcanzó la noche y he determinado pasarla bajo vuestro techo. Vaya, sentaos mientras me arreglan la habitacion, y me acompañareis á desocupar esta botella.

Sam. Con mucho gusto.

Wil. Tomad. (*Presentándole un vaso.*)

Sam. A vuestra salud.

ESCENA III.

VARIOS NEGROS Y MARINEROS ENTRAN DETRAS DEL MOZO DEL APARADOR: UNO DE ELLOS TRAE UN CARTEL.

Mozo. Aquí, aqui. (*Fijan el cartel.*)

Todos. ¡Ola! ¿Qué tenemos? (*Levantándose.*)

Mozo. Un anuncio relativo á un negro qne se ha fugado. (*Fijan el cartel en el lateral izquierdo.*)

Wil. Veamos.

Sam. Si, veamos.

Todos. Que se lea.

Wil. Allá voy. (*Lee.*) «Un mulato llamado Jorge, »se ha escapado de la posesion de Alfredo Ha»ley.» ¡Cómo Jorge! «Su talla es regular; su tez ca-

»si blanca y su pelo crespo y castaño. Es muy in»teligente: habla bien: sabe leer y escribir: tiene »profundas cicatrices en los hombros y espaldas: »la mano derecha estigmatizada con la letra H. »Le dàn cuatrocientos duros al que lo presente vi»vo, ó justifique haberlo muerto.» ¡Infeliz de él!

Sam. Esta es mi opinion sobre este papelucho. (*Le escupe.*)

Todos. Bien hecho.

Wil. ¡Samuel!

Sam. Lo mismo haria con el que lo ha mandado poner, si se hallase presente. Un hombre que posee tan buen esclavo y no sabe tratarlo bien, merece perderlo. Semejantes cartelones, son el ludibrio de Kentuky. Esta es mi opinion.

Wil. No me podeis negar que es indispensable perseguir á los negros fugitivos, porque así conviene al interés del estado. En cuanto á lo demás, el mozo de que habla ese anuncio, es positivamente un bello mozo.

Sam. Así se desprende del mismo papel.

Wil. Es, que à mí me consta.

Sam. ¿Le conoceis?

Wil. Sí, Samuel, ha trabajado en mi fábrica seis años.

Sam. ¡Oiga!

Wil. Era mi mejor dependiente; es sumamente ingenioso; él fué inventor de esa famosa máquina que se ha adoptado en todas las fábricas de las cercanías.

Sam. ¡Ya sé quién es!

Wil. Por ella ha obtenido su amo un premio.

Sam. ¿Y qué recompensa dieron al pobre mulato?

Wil. Una marca en la mano derecha.

Sam. Pero, ¡eso es infame!

Wil. Lo es verdaderamente. Los amos que tratan á sus esclavos como à hombres, tienen hombres á su servicio, y adquieren derechos sagrados sobre ellos; pero los que los tratan como á perros, no tienen accion á quejarse, si como perros trabajan y se portan.

Sam. Eso no admite réplica.

Voz dentro. Hóóóóó.

Sam. Pero, perdonadme; un carruaje se ha parado en la puerta, y debo de estar en mi puesto. (*Vase Samuel al mostrador.*)

Wil. Sí, sí; yo aquí permanezco... (*Aparte.*) ¡Pues estará contento Haley! ¡Dos esclavos en un dia! ¡él, que es tan interesado! Pero, ¡qué! si es tan cruel ese hombre, que casi le està bien empleado.

ESCENA IV.

ENTRAN JORGE Y TOMAS CON UNAS MALETAS.

Jor. ¡Dios os guarde, señores! Tomás: coloca ese equipaje en cualquier sitio, en tanto me preparan habitaciones.

Marin. 1.° ¡Oyes! ¡oyes! ¡qué figura tan arrogante! ¡Parece un español!

Idem 2.° Sí, sí; será hombre acomodado.

Wil. ¡Esa voz no me es desconocida!

Jor. Cárlos Lopez de Mendoza (*acercándose al mostrador;*) del comercio de Nueva-Orleans. (*Jorge y Tomás se acercan al cartel y hacen como que leen su contenido.*)

Sam. Bien, caballero. ¡Ola!

Wil. ¡Esa cara!... Pues señor no caigo.

Sam. ¡Juan! ¡Pablo! ¡Pronto! ¡arriba!

Jor. Tomás, las señas de este desertor, me traen á la memoria aquel muchacho que hemos visto en casa de Bernau. ¿Te acuerdas?

Tom. Sí, señor; pero no creo que aquel jóven tuviese marca alguna en la mano.

Jor. No lo reparé. Habitaciones para mí.

Sam. Ya las están disponiendo; voy yo tambien. (*Vase.*)

Jor. Bueno, bueno.

Wil. ¡No hay duda! Yo conozco à ese hombre.

Jor. Señor Wilson, os pido mil perdones; no os habia visto. ¿Supongo que me conoceis? Soy vuestro buen amigo Càrlos Lopez de Mendoza, del comercio de Nueva-Orleans.

VVil. ¡Sí, sí! en efecto, caballero...

Jor. Tendré un gran placer en hablar con vos algunos momentos. Tened la bondad de esperarme; voy à dar algunas órdenes al posadero, y... sígueme, Tomàs.

VVil. Bien, bien, como gusteis. (*Vanse Jorge y Tomás.*)

ESCENA V.

WILSON Y LOS MARINEROS EN SUS MESAS.

VVil. ¡Pero señor! ¿quién es este hombre? yo le conozco; eso es indudable. ¡Ah! no, no puede ser; es imposible! ¡oh! esto es un sueño ó una pesadilla por lo menos!

Sam. entrando. Conque amigos; ya es demasiado tarde; desearia... (*á los marineros.*)

Todos. Sí, sí, ya nos vamos. (*Vanse todos.*)

ESCENA VI.

WILSON Y SAMUEL.

Sam. Estas gentes son tan pesadas, que á veces se vé uno en la necesidad de insinuarse asi... de un modo brusco... y como la habitacion de ese estrangero está tan inmediata... podria incomodarle el ruido...

VVil. Haceis bien.

Sam. Voy á dar algunas otras disposiciones. Ese español me ha gustado mucho.

VVil. (*Aparte.*) ¡Español! Podrá ser, pero no lo conozco.

ESCENA VII.

VASE SAMUEL: SALE JORGE, QUE SE ACERCA A WILSON, DESPUES DE CERRAR LAS PUERTAS TODAS.

VVil. ¡Jorge!

Jor. Si, Jorge.

VVil. ¡No podia acabar de convencerme!

Jor. ¿No es verdad que estoy bien disfrazado? Un poco de corteza de nogal, ha convertido mi rostro amarillento, en tez morena como la de los españoles. He teñido mis cabellos de un lustroso negro, y aquí me teneis enteramente distinto del que pregonan los carteles.

VVil. ¡Pero ese negro!

Jor. No temais; es libre; se halla en Kentuky buscando à su madre; supo mi desgracia; se ha condolido de mí, y no solo me ha proporcionado medios, sino que me acompaña hasta dejarme en el Canadá.

VVil. ¡Jorge! ¿sabeis el albur terrible que estais jugando? Nunca os hubiera aconsejado semejante imprudencia.

Jor. Así cargo yo solo con toda la responsabilidad. Me creo capaz de representar el papel de un caballero español establecido en el comercio de Nueva-Orleans.

VVil. Pero, ¡es posible Jorge! ¿Con que os fugais? ¿con què abandonais á vuestro dueño lejítimo?

Jor. Busco mi libertad.

V*Vil.* No me asombra vuestra conducta; pero me aflige sobremanera. Es preciso que yo os lo diga: es mi deber decíroslo.

Jor. ¡Qué es lo que os aflige, señor?

VVil. ¿Qué es lo que me aflige? claro está; el veros en oposicion, digámoslo así; con las leyes de vuestra patria.

Jor. ¡De mi patria! ¿Tengo yo patria? ¿Tengo yo mas patria que la tumba? El dia que baje á ella, habrán acabado todos mis infortunios, y se lo pido à Dios como la única felicidad que me resta en el Kentuky.

V*Vil.* ¡Nada de eso! ¡Nada de eso, Jorge! Eso no està bien; no debeis hablar de ese modo: es contrario al Evangelio. Es verdad que teneis un amo muy severo... que os trata de una manera muy reprensible... no pretendo justificarle; estoy muy léjos de ello: pero nadie sabe mejor que vos, supuesto que sois instruido: que el àngel or-

denó á Hagar, volver á su ama y someterse á ella.

Jor. No interpreteis de ese modo la Biblia, señor VVilson. Sabed que mis intenciones son las de hacerme cristiano, tan pronto como me sea posible; pero si en las circunstancias en que me encuentro, me haceis semejantes citas, solo alcanzaríais que renuuciase para siempre á mi proyecto. Pongo por testigo á Dios Todopoderoso, estoy pronto á presentarme delante de él, y preguntarle si hago mal en buscar mi libertad.

VVil. (*Enternecido.*) Esos sentimientos son naturales, Jorge, sí, muy naturales; pero faltaria yo á mi deber si los alentara. Lo digo por vuestro bien, hijo mio; conozco que vuestra posicion era dolorosa; muy dolorosa; pero el apóstol dice: «que »cada cual debe resignarse á sufrir con paciencia »la condicion á que ha sido llamado.» Todos tenemos la obligacion de someternos à los decretos de la Providencia. Jorge, ¿no lo conoceis así?

Jor. ¿Decidme, señor, ¿si los indios os hubieran robado á vuestra muger y á vuestros hijos, y quisieran teneros toda la vida ocupado en cavar la tierra, y en sèmbrar maiz, tendriais por un deber permanecer en tal condicion á la cual hubiérais sido de semejante manera llamado? Me atrevo á creer que el primer caballo que la casualidad os presentara á la vista, se os figuraria una indicacacion suficiente de los decretos de la Providencia. ¿No es así?

VVil. (*Con impaciencia.*) Ya sabeis, Jorge, que he sido siempre vuestro buen amigo: ahora bien; yo creo que vuestra evasion està llena de eminentes peligros; y es imposible que obtengais un resultado feliz. Si llegan á prenderos, como es probable, vuestra suerte será mas desgraciada que nunca; harán escarnio de vos, y os asesinarán à medias, supuesto que os harán bajar al rio.

Jor. Señor VVilson. Todo eso lo sé muy bien; Corro en efecto un riesgo muy grande; pero ya lo veis.. (*Entreabre el chaleco y deja ver dos pistolas y un puñal*) estoy preparado á todo... estoy decidido á no bajar al rio.

VVil. ¡Desgraciado Jorge!... ¡el estado de vuestra alma es terrible! Vuestra resolucion es desesperada! Lo siento profundamente, hijo mio. ¿Es posible? ¿Hollar de esa manera las leyes de su patria?

Jor. ¡Otra vez de mi patria! vos teneis una patria; pero yo y cuantos desgraciados han nacido esclavos... ¿qué patria es la nuestra? ¿Dónde están las leyes que nos protegen? ¿Y esas leyes que me citais, las hemos hecho nosotros? Las hemos ratificado al menos! Ellas nos humillan; nos envilecen; nos hacen de peor condicion que los brutos: hé aquí todo lo que debemos à vuestras decantadas leyes. ¿No he oido, por ventura, vuestras peroraciones en el parlamento? ¿No repetís todos los años, que, el gobierno recibe la justicia de su poder, del consentimiento de los gobernados? ¿Creeis, que nosotros, que tales maravillas oimos, somos incapaces de pensar? ¿Creeis que no sabemos cotejar vuestras palabras con vuestras obras, para sacar las consecuencias?

VVil. Jorge, amigo mio! Debo deciros, que haríais muy bien en no pensar de ese modo. ¡Vuestras ideas son peligrosas! atendida vuestra crítica posioicn.

Jor. Veamos, caballero, miradme; ¿no os parece que soy un hombre como vos? Mirad mi rostro, mis manos, ¿no soy un hombre como otro cualquiera? Escuchadme ahora: Tengo que hacer algunas revelaciones à vuestra buena amistad. Tuve un padre, uno de vuestros señores aristócratas del Kentuky; no le pareció seguramente que yo valiera la pena de hacer las gestiones necesarias para impedir que despues de su muerte fuese vendido con sus perros y caballos en beneficio de sus herederos. Ví à mi madre puesta en el mercado con sus siete hijos que fuimos vendidos uno á uno á diferentes amos; yo, sin duda por ser el mas niño, era el predilecto de mi madre. Arrodillóse delante de mi nuevo amo, suplicándole con lágrimas que la comprase tambien á ella, para que à lo menos le quedase uno de sus hijos.

VV*il.* ¿Y qué hizo el comprador?
Jor. Le diò un puntapié
VV*il.* ¡Oh!
Jor. La ví sufrir este infame trato: oí sus gemidos y sus gritos, mientras me ataban al cuello del caballo que debia conducirme á la posesion de mi amo.
VV*il.* ¿Y luego?
Jor. Compró éste á mi hermana mayor, que estaba en poder de otro traficante. Era una buena niña, perteneciente á la iglesia de los Baptistas, tan hermosa como lo habia sido mi pobre madre. Habia recibido una buena educacion; y sus modales eran distinguidos. Esta adquisicion de mi amo, llenóme el coràzon de consuelo. Tenia á mi lado quien me amara, y á quien amar. ¡Mas pronto lloré amargamenle esta dicha! Un dia oí los azotes que daban á mi hermana: cada golpe, heria horriblemente mi corazon, y nada pude hacer para librarla de tan cruel como infame castigo.
VV*il.* ¿Y porqué la castigaban?
Jor. ¡Ay señor! solo porque queria llevar una vida cristiana y honesta: una vida que las leyes no permiten en una esclava. Por último, la ví encadenada, formando parte de la multitud de esclavos que un traficante iba á vender à Nueva-Orleans. Desde entonces, nada he sabido de ellá.
VV*il.* ¿Y cómo quedásteis vos?
Jor. Desesperado como podeis suponer. Crecí durante largos, larguísimos años, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin criatura alguna que me tratase de otra manera, que como se trata á un perro. Los azotes, las injurias, el hambre, esta fué mi vida; sí, señor, el hambre que me atormentaba á veces tan cruelmente, que me hubiera creido feliz, si me hubiesen permitido roer los huesos que echaban á los perros; y sin embargo, tan niño como era, durante mis largas noches de insomnio y de lágrimas, no era el hambre ni los azotes los que me hacian llorar... lloraba, porque no tenia en la tierra un corazon que me amase.

VVil. Lo creo, hijo mio, lo creo.

Jor. Jamás he sabido qué cosa es la paz ó la dicha; jamás se me habia dirigido una palabra afectuosa, hasta el dia en que entré á trabajar en vuestra fàbrica. Señor, vos habeis sido siempre bueno conmigo; me habeis alentado á aprender á leer y escribir; me habeis hecho dar el primer paso para salir de mi envilecimiento. Solo Dios, sabe hasta qué punto os estoy agradecido.

VVil. Jorge, yo no hice mas que cumplir con mi deber.

Jor. Hicísteis entonces mi felicidad. En aquellos deliciosos dias conocí á mi muger, vos la conoceis tambien; ¿no es verdad que es la muger mas hermosa del mundo? Cuando descubrí que me amaba, cuando Dios bendijo nuestra union, parecíame que no vivia en la tierra: tan inefable era mi dicha. ¿No es verdad que es tan buena como hermosa? De repente me separò mi amo de vuestra fàbrica, de mis amigos, de todo lo que amo, y me hundió en el fondo de la degradacion. ¿Y por qué? Porque dice que olvidé lo que era, y que era preciso hacerme comprender que no soy mas que un negro; y para colmar su maldad y mi infortunio, se interpone entre mi muger y yo, y me ordena renunciar á ella para vivir con otra.

VVil. ¿Eso ha hecho vuestro amo?

Jor. Sí, esas son vuestras leyes; leyes que se oponen à las de Dios y á las de la conciencia. Ya lo veis, ni uno solo de estos actos infames, que han lacerado el corazon de mi madre, de mis hermanos, de mi muger y el mio, ni uno solo deja de ser sancionado por vuestras leyes. ¿Son esas, caballeros, las que llamais leyes de mi patria? no: yo no tengo patria: pero la tendré. Lo único que pido á vuestro pais es que me permita abandonarle para siempre; cuando llegue al Canadá, cuyas leyes me protegerán, le saludaré como à la patria mia: el Canadá será mi patria, sus leyes las que obedeceré con respeto; pero que nadie se atreva á detener mis pasos. ¡Ay del que lo intente! ¡Estoy resuelto! Lucharé como un desesperado. Vos-

otros decís que vuestros padres derramaron su sangre en defensa de su libertad: yo tambien verteré por ella toda mi sangre. Si su causa era justa, justa es tambien la mia; yo sabrè ser libre ó morir.

VVil. El demonio cargue con ellos; malditos sean los que tan mal tratan à sus semejantes: pero; Dios me perdone! ¡Creo que estoy echando juramentos! no importa, ¡Jorge, adelante! Hijo mio, adelante hasta asegurar vuestra libertad. Solo os ruego que no mateis á nadie; por Dios, sed prudente; lo mejor será que no descargueis vuestras pistolas. Y decidme: ¿sabeis algo de vuestra esposa?

Jor. Ha huido tambien, señor: ha huído con su hijo en los brazos: ¡Dios sabe adonde habrá ido á parar la infeliz madre.

VVil. ¿Lo sabíais?

Jor. Sí; lo sabia por Tomás que ha hablado con un criado de su amo; y no culpo á éste, porque los que son mejores, pueden contraer deudas, y las leyes del pais les permiten arrancar el hijo á su madre, para salir de apuros.

VVil. Lo veo, lo veo (*registrando sus bolsillos.*) Tal vez no obraré segun mi modo de ver las cosas; pero no quiero sostener mi opinion: tomad esto (*sacando una cartera.*)

Jor. No, no; mi querido bienhechor; demasiado habeis hecho ya por mí, y me consta que este sàcrificio os será molesto. Tengo dinero suficiente para llegar al término de mi viage.

VVil. ¿Jorge, despreciáis el auxilio de la amistad?

Jor. No señor, no; no he despreciado jamás vuestras bondades, pero esa cantidad me es inútil.

VVil. El dinero nunca es inútil, ni se tiene jamàs demasiado, con tal de que se adquiera por honrados medios; él vence los mayores obstáculos; tomadle, os lo suplico encarecidamente; no querais darme un disgusto rehusando esta insignificante dádiva. ¡Tal vez la última de mi afecto!

Jor. Está bien; la recibo, señor: pero bajo la condicion de que me permitireis volvérosla mas tarde.

VWil. Ahora, Jorge, decidme; ¿cuánto tiempo pensais viajar de este modo?... Espero que no ha de durar en demasía; pues aunque representais à las mil maravillas vuestro dificil papel, la empresa es atrevida, es arriesgadísima, y me tiene en el mayor sobresalto.

Jor. Tranquilizaos; estoy seguro que no me conoceràn. Pronto estaré en un pais libre, y entonces sabreis de mí.

VWil. Jorge, sin duda os ha pasado alguna cosa estraordinaria; estais desconocido; pareceis otro hombre; ó mejor dicho, sois otro hombre en efecto.

Jor. Soy un hombre libre, señor. Soy un hombre libre, y ningun otro hombre me oirà llamarle mi amo.

VWil. Vivid alerta; pueden volver á prenderos.

Jor. En ese caso tampoco perderé yo mi libertad.

VWil. Si otra vez os esclavizan...

Jor. ¡Imposible!

VWil. ¿Còmo imposible?

Jor. Como que en ese caso desgraciado, todos los hombres son libres é iguales con la muerte.

VWil. ¡Vuestra audacia es inaudita! Deteneros aquí... en el parador mas concurrido... tan próximo...

Jor. Por lo mismo que hay en esta conducta demasiada audacia, por lo mismo que está sobrado concurrido y tan inmediato al lugar de mi fuga, nadie sospechará que esté detenido aquí. Se me buscará mas léjos; vos mismo, señor, no podíais convenceros, al verme, de que fuese yo; además, nadie me conocerá por las señas del cartel; ¿no es cierto?

VWil. Pero la marca de la mano... (*Jorge se quita el guante y enseña una herida.*) ¡Horrible marca!

Jor. Es el último testimonio de afecto del señor Haley; ya sabeis la causa que le movió à hacerme semejante don: ¿no os parece que fué una ocurrencia interesante?

VWil. La verdad, Jorge: se me hiela la sangre en las venas cuando pienso en vuestra posicion.

Jor. Mi sangre ha estado helada en las mias sobrado tiempo: pero ahora hierve. Esta noche duermo aquí; en el vapor que sale por la mañana parti-

ré: si oís decir que estoy preso, es como si os participaran mi muerte. Hé aqui mi mano; si algun dia vale algo, podeis disponer de ella.

VVil. Gracias, hijo mio, gracias. Ten prudencia, ten prudencia y confianza en Dios.

Jor. ¡Confianza en Dios! ¿Y dónde está ese Dios? ¿Cómo permite que triunfe la maldad?

VVil. No hableis asi, amigo mio; no penseis de ese modo. Hay un Dios, no lo dudeis, hay un Dios; las nubes y la oscuridad le rodean, pero su trono está fundado en la misericordia y en la justicia. Hay un Dios, Jorge, creedlo; y confiad en él! vereis como os protejerá. Rayará el dia de la justicia ¡sino en este mundo, en el otro!

Jor. Gracias, gracias! por vuestras dulces palabras: no las olvidaré jamás.

ESCENA VIII.

VASE JORGE POR LA IZQUIERDA.

VVil. ¡Pobre jóven! con tan buena imaginacion, y tan bellas disposiciones, verse precisado á ocuparse, únicamente de la libertad... Yo no sé si habré hecho bien, pero mi corazon me ha decidido á su favor. Una buena accion es siempre grata à los ojos de Dios; él solamente ha debido inspirarme; vaya, acostémonos, y mañana veré el modo de saber de Elisa. Mas ¿dónde voy, si aun no sé cual es mi habitacion? ¡Ola! ¡Samuel!

ESCENA IX.

SALE SAMUEL.

Sam. A vuestras órdenes, señor VVilson.

VVil. ¿Mi aposento?

Sam. Número 4, en el corredor.

ESCENA X.

SALE HALÉY.

Hal. ¡Mozos! ¡Eh, mozos! (*Dentro.*)

VVil. ¡Esa voz!...

Hal. ¡Malditos sordos! una habitacion para esta noche, clara, clara, que debo levantarme con el Alba.

VVil. (*Aparte.*) Es preciso avisar á Jorge de este accidente.

Sam. ¡Calla! es el caballero Haley.

Hal. ¿Aquí vos, señor VVilson?

VVil. El mal tiempo!...

Hal. (*Aparte.*) (¡Esta familia me persigue ahora con una tenacidad! ¡Es mala gente para mí!) Las desgracias me abruman, amigo mio; ya sabeis el accidente de hoy; pues al poco tiempo fuí avisado de la fuga de mi mas sábio esclavo; ya sabeis, el inventor de vuestra máquina, de ese perro, que como tal se ha portado.

VVil. Sí, ya he visto el anuncio.

Sam. (*Aparte.*) (Permita Dios que te se fuguen todos, canalla.) Con que, caballero, ¿decíais que os quedábais aquí esta noche?

Hal. Sí, por la mañana debe verificarse, delante de vuestro parador, la venta de varios negros, procedentes de una testamentaría, y pienso hacerme de algunos, para completar un cargamento, que acto contínuo embarcaré para el Sur en el primer vapor de mañana; y yo os aseguro, que los amarraré de manera que no se escaparán.

Sam. ¡Vergüenza es para nuestro pais, no lo digo por vos, señor Haley, que se tolere semejante tráfico!

Hal. Hay que hablar mucho de eso en pró y en contra; he estado en el Sur, y os confieso que los creo mas dichosos que si fueran libres.

Sam. ¡Dichosos! ¿cómo puede serlo el que se encuentra separado de los objetos mas queridos? ¿Seríais dichoso, si os alejasen de vuestra familia?

Hal. Pero ¿cómo quereis juzgar por nuestros sentimientos de los de esa raza maldita?

Wil. Veo que no conoceis á esos infelices, segun hablais. Hace mucho tiempo que vivo entre ellos, y me consta que son tan profundamente sensibles... mas aun que nosotros.

Hal. ¿De veras? Pues la Providencia en sus inescrutables designios, quiere, sin duda, que la raza africana permanezca envilecida y en una condicion humillante. ¡Caiga la maldicion sobre Canaan! ¡Sirva à los siervos de sus hermanos! Yo leo poco la Biblia, pero esto es bíblico.

Wil. Perfectamente; siendo así, será preciso que nos dediquemos todos al tráfico de negros, una vez que así cumplimos con los decretos de la Providencia. ¿Qué os parece, caballero?

Sam. Eso es; es preciso que nos sometamos á los decretos de la Providencia. ¿No os parece bien?

Hal. Siento haberme entrometido en esta cuestion; no estoy bastante instruido para disputar sobre semejante materia. Me he dedicado á este comercio, con el único y laudable objeto de ganarme la vida, pensando en que si hago mal, siempre estaré á tiempo de arrepentirme. ¿Me entendeis, señores? ¿Mi cuarto está ya listo?

Sam. Voy á verlo. (*Vase Samuel.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS MENOS SAMUEL.

Wil. Escuchadme; quisiera que hubièrais estudiado mas la Biblia, hubiérais visto en ella entonces un paso que dice; «no hagais á los demás, lo que no »querais que hagan con vos:» y esto, advertirlo, es tan concluyente como la maldicion de Canaan. Amigo mio; ¿cómo podeis, cómo os atreveis á dedicaros á un tràfico semejante? ¡Contemplad á esas pobres criaturas! vosotros los que os dedicais á este comercio, sois los principales causantes de que exista la esclavitud, y de que nos veamos obligados á dictar leyes, protectoras de ese mal, para no perjudicar intereses ya creados. ¡Oh! no dudeis que Dios os pedirá cuenta de las làgrimas que haceis derramar; y no es esto lo peor, caballero, cuando comparezcais ante su severo tribunal, que

no tardareis mucho, segun vuestra edad, meted la mano en el pecho; no saldreis muy bien parado por cierto.

Hal. (*Aparte.*) Si pudiera hacer un par de viages buenos, me retiraria á vivir con sosiego. Esto se vá haciendo cada vez mas peligroso.

ESCENA XII.

ELISA CON ENRIQUE EN SUS BRAZOS.

Se oyen ladridos de perros y algazara de gentes.

Eli. ¡Socorro! ¡Favor! ¡No puedo mas! (*desde dentro.*)
Voz. ¡A ella! (*Desde dentro.*)
Otra. ¡Fuera esos perros! (*Idem.*)
Eli. ¡El aquí! ¡Dios mio! (*En la escena.*)
Hal. ¡Oh! ¡es ella!

ESCENA XIII.

LOKER SE PRESENTA EN EL DINTEL DE LA PUERTA DEL FORO SEGUIDO DE ALGUNOS NEGROS. *Elisa toma un cuchillo que hay sobre una mesa, y colocando á Enrique en sus espaldas, trata de defenderse; Elisa debe de presentarse muy destrozada.*

Wil. (*Aparte.*) ¡Elisa!

Eli. ¡Mónstruo, no pienses que me lo arrebatarás! ¡ven aquí, hijo mio!

Hal. Já, jà, já! Ya caiste en mis redes.

Eli. Sí; pero aun no lo tienes en tu poder. ¡Ven, acércate, hiena! ¿No quieres sangre? Ven por ella, yo te la daré; pero no saltará á latigazos, sino que con este cuchillo la arrancaré de tu corazon.

Wil. (¡Infeliz!)

Hal. ¡Andad! ¡á ella! (*ninguno se mueve.*)

Eli. ¡Cobardes! ¿No os atreveis ahora, porque me veis armada? ¿porque sabeis que os arrancaré à todos la vida?

ESCENA XIV.

JORGE SE ASOMA A LA PUERTA DE SU CUARTO, Á ESPALDAS DE ELISA. *Todos le miran, y él á todos impone silencio, poniendo el dedo sobre los lábios.*

Wil. ¡Cielos! ¡Jorge!
Eli. ¿Estais admirados? ¿Me contemplais con horror? Pues bien, asesinos, pronto, abridme paso á mí y á mi hijo. (*Jorge le quita el niño sin que ella lo note.*)
Hal. ¡Já, jà, ja!
Todos. ¡Já, já, já!
Wil. (No le ha conocido!)
Eli. (*Nota la falta del niño.*) ¡Ah! ¡verdugos! ¿Me lo habeis robado? ¿Dónde está mi hijo?

ESCENA XV.

JORGE SE OCULTA EN SU HABITACION CERRANDO LA PUERTA: ELISA LO OBSERVA.

Eli. ¡Por allí! Ah! ¡Tiemble el que sea! ¡Cerró! ¡Abrid, inhumanos! ¡Abridme! ¡soy su madre! ¡por piedad! ¡ah! ¡hijo mio! (*Cae desmayada en la puerta de la habitacion.*)
Hal. ¡Jà, jà, jà!
Wil. ¡Dios omnipotente!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Representa el embarcadero de los vapores del rio Ohio. El parador de Samuel à la izquierda. Haley sale de él, acompañado de un marinero y de Loker. Un vapor al foro anclado en el desembarcadero.

ESCENA PRIMERA.

Hal. Está bien; decid al capitan que al segundo toque, estarán embarcados todos mis negros. Adios. (*Vase el marinero para el vapor.*)

ESCENA II.

DICHOS, MENOS EL MARINERO.

Hal. ¡Ah! Loker! Ya has visto. Magnífico negocio! Me quedé en la subasta con dos negros escelentes, tres bellísimas mulatas, y un negrillo, que vale tanto como el de Elisa. ¡Oh! este negocio debe dejarme una utilidad monstruosa.

Lok. No ha sido malo, no; y hoy me ha gustado tu sangre fria, al escuchar las lágrimas de la madre de ese negrillo. Queria que la comprases con él, y lloraba como una loca: pero tú.....

Hal. Pero yo firme ¿eh? ¡já, já, jà! pues no me faltaba mas que haber cargado con ese almacen de huesos; una vieja condenada, mas fea que el alma de Judas. No desquitaria ni el pan que se comiera. Y vamos, señor Loker, tampoco vos habeis hecho mal negocio. Shelby os pagará la aprehen-

sion de su esclava.

Lok. Asi, asi.

Hal. ¡Tunante!

Lok. Ya veis, yo que pensaba apropiármela, y ahora tengo que contentarme con solo la gratificacion de haberla apresado.

Hal. Del mal el menos, y mas vale algo que nada: pero oyes, me parece que ya es hora de entrar á dar las gracias al estrangero, que con tanta oportunidad arrebató el chiquillo, puede decirse de los brazos de una tigre, y recogerlo, porque es uno de los que debo embarcar en el vapor que sale à las once.

Lok. Sí, vamos. ¡Buen lance estuvo ese!

Hal. Aun me parece que veo á la madre con el puñal en sus manos gritando «¡cobardes! Abrid paso!» ¡Ja, já, já! Y vosotros con qué miedo. Vaya, vaya.

Lok. ¿Quièn habia de atreverse con aquella pantera? ¿Porque no te arrimaste tú?

Hal. ¡Pobre muger! toda la noche se la ha pasado llorando como una desesperada. No quiero recordar esto. Vaya, entremos, y recogeré el negrillo. Estoy deseando acabar este negocio para alejarme de estos sitios.

Lok. Vamos. (*Vánse dentro del parador.*)

ESCENA III.

VVILSON Y SHELBY.

Wil. Este es el parador. En él debe estar vuestra esclava. Aquí fué anoche presa, juntamente con su hijo. Haley la tendrá en su poder.

Shel. Entremos, señor Wilson ¡Ah! os confieso que me falta valor para tan grande sacrificio. La recogeré y vos ireis á entregársela á mi esposa. ¿Creeis que no nos sentirian, ni ella ni su madre, cuando partimos?

VVil. Asi me lo parece. Sin embargo, en todo caso, no pueden saber el sitio à donde nos hemos encaminado. (*Ruido de coche.*)

Shel. ¡Cielos! ese carruage de camino que para en este momento, ¿no es de los vuestros?
VV*il.* ¡Mio es! ¡no hay duda! ¡Y bajan dos señoras!
Shel. ¡Oh! ellas son! entremos al punto.

ESCENA IV.

SALE HALEY DESESPERADO.

Hal. ¡Se ha huido! ¡Me lo ha robado! Era un ladron!
Shel. ¡Haley! (*Aparte.*)
Hal. ¡Oh! caballero! (*aparte*) otra vez aquí esta familia: ella lleva en pos de sí todas mis desgracias.
Shel. Vengo por mi esclava, puesto que teneis en vuestro poder á su hijo.
Hal. ¿En mi poder? ¡Qué ha de estar en mi poder!
Shel. ¿Cómo así?
VV*il.* ¿Pues no quedó anoche en poder de aquel estrangero?
Hal. Si; y me dijo que me lo entregaria, pero ahora he llegado á su habitacion, y ese desconocido se ha fugado, llevándose mi hacienda; ¡y yo que debia embarcarlo hoy mismo! ¡Oh! estos perjuicios deberian serme abonados.
Shel. ¡Haley! Ya os he dicho, que estaba dispuesto á abonàroslos. ¿Elisa está en vuestro poder?
Hal. Asi es.
Shel. Con ella os cobrareis.
VV*il.* ¡Dios mio! (*Aparte.*)
Hal. Bien, caballero, entónces.. (*Humo en el vapor.*)
Shel. Podeis hacerla bajar para entregarla en debida forma.
Hal. Al segundo toque del vapor de las once, deben estar embarcados mis negros.
Shel. Al tocar el primero sereis dueño de Elisa.
Hal. Voy al punto, y yo os abonaré religiosamente, la pequeña diferencia del precio de la mercancia.
Shel. ¡Haley!
Hal. ¡Oh! es muy justo, es muy justo. Voy por

ella (*aparte.*) Ahora sí que el negocio es de oro (*Vase adentro.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS MENOS HALEY.

VV*il.* Mi esposa y Emilia se acercan.
Shel. Bien, señor, ¿qué hemos de hacer? Apuremos este caliz.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EMILIA Y MARIA.

Emi. ¡Ay! Arturo, decidme ¿Elisa ha sido presa? ¿se queda sin su hijo? no es verdad?... ¿Dónde está? ¿dónde está? Quiero, debo consolar à esa pobre madre. (*Humo en el vapor.*)
Shel. Ahora la vereis, señora. Preparaos, porque el golpe que vais à recibir deberá seros terrible. Hubiérais hecho bien en quedaros en casa; vuestro imprudente celo ha agravado el mal inmensamente. El hijo de Elisa ha sido robado, sin saberse por quien, y ella debe cubrir su falta. Al primer toque de ese vapor que está encendiendo la máquina, Elisa serà esclava de Haley, y partirá para el Sur.
Emi. ¡Cielos!
Mar. ¡Dios mio!

ESCENA VII.

LOS MISMOS, HALEY Y ELISA.

H*al.* Venid; vuestro amo os espera.
Eli. ¿Dónde? ¡Ah, señora! (*se acerca á Emilia en tono de súplica.*)
Emi. No puedo! (*Con dolor.*)
VV*il.* ¡Infeliz!
Mar. ¡Esto es terrible!
Eli. ¡Me lo han robado! me lo han robado! Ya estoy

sola en el mundo! ¿Cómo podré vivir sin él? ¿sin él, que era mi vida, mi salvacion, ó mi eterna desgracia? Decidme ahora que Dios vela por sus elegidos. Decidme que es justo y misericordioso.

Emi. ¡Elisa! Hija mia! Tú eres cristiana.

Eli. No; yo no soy una muger cristiana, soy una leona, á la que le han robado el fruto de sus entrañas. Mis uñas estàn afiladas. ¿Dónde està el tigre, mercader de sangre humana? Quiero mi hijo. ¿Quién lo tiene? ¿Dónde, dónde lo ocultas?

H*al.* Quitad, muger; yo no sè una palabra de vuestro hijo. Si no, preguntárselo á vuestros amos.

Shel. Si, Elisa, cálmate, es la verdad. Tu hijo ha desaparecido del parador, sin que nadie sepa quién sea el estrangero que se lo ha llevado.

Eli. ¡Pero esto es horrible! ¿Por ventura el hombre, porque nace esclavo, es de peor condicion que un animal cualquiera, para que todos se crean dueños de él? ¿Conquè derecho se ha llevado ese estrangero á mi hijo? ¡Ah! ¡dejadme ir! Yo le seguiré dia y noche, sin descansar, sin tomar aliento, y le encontraré. Sí, le encontraré, aun cuando se oculte en las estrañas de la tierra! ¡Ah! señor Wilson! Vos que sois tan bueno ¿decidme?...

W*il.* Vuestro hijo está en buenas manos. (*Aparte á Elisa.*)

Eli. ¡Como! (*Aparte.*)

VV*il.* ¡Disimulad! (*id.*)

Eli. ¡Ah! mis amos, perdonadme. (*Suena el primer toque de una campana.*)

Emi. y
VVil. } Ah!

Shel. ¡Llegó la hora!

Eli. ¿Me perdonais, no es vedad?

Emi. ¡Suéltame, desgraciada!

Mar. ¡Momento terrible!

Eli. Pero ¡Dios mio! ¿Qué sucede? decidme vos. (*á Wilson.*)

Hal. Caballero Shelby...

VVil. (*á Elisa.*) Ten valor, hija mia...

Shel. Os entiendo Elisa, la falta de vuestro hijo debeis vos cubrirla. El señor Haley es vuestro dueño.

Eli. ¡Cómo! ¿Me vendeis? Esperad, decidme por piedad, mi hijo (*á VVilson aparte.*)

VVil. No puedo aclararos mas. Tened confianza. (*aparte á Elisa.*)

Eli. Bien; soy vuestra esclava, señor; disponed de mí. Ama mia, perdonadme los disgustos que os he causado. Dios me protegerá.

Hal. Entremos en el parador; me firmareis la venta, y os abonaré...

Shel. Vamos.

Emi. Caballero, ¿me permitireis un momento hablar con Elisa?

Hal. ¡Señora!... cuanto gusteis. Hasta el segundo toque...

Emi. Gracias, gracias. Ven, hija mia; quiero antes de que nos separemos, darte algunos consejos, que podrán servirte y tranquilizarán mi corazon.

Eli. ¡Ah! señora, qué buena sois!

Emi. Venid, madre mia; acompañadme à llorar.

Eli. Cuidad mucho de él (*á VVilson.*)

VVil. Es que yo... (*á Elisa.*)

Eli. Sed su padre.

ESCENA VIII.

VANSE TODOS ADENTRO, Y AL MISMO TIEMPO EMPIEZAN A SALIR DEL PARADOR LOS NEGROS QUE SE SUPONE COMPRÓ HALEY, *para embarcarse en el vapor, amarrados y custodiados por Loker.*

Lok. ¿A ver si marchais unidos, miserables perros? (*Se dirigen al muelle y se embarcan.*)

VVil. ¡Desventurada raza! Infelices hijos del Africa! ¡El Africa! Preciso es que mas tarde ó mas temprano ese misterioso pais del oro, de los diamantes, de los perfumes, de las palmas ondulantes, de las flores desconocidas, de la fertilidad milagrosa, desempeñe su papel en el gran drama de la civilizacion humana. Allí nacerán nuevas formas del arte, esplendores inauditos, y la raza negra, libre del afrentoso yugo que hoy la abruma, desplegará las mas prodigiosas revelaciones de la vida

humana. Los negros dóciles y humildes de corazon, prontos á perdonar, serán la espresion mas pura de la vida cristiana. ¡Tal vez el Dios que castiga á los que ama, ha hecho pasar al Africa por terribles pruebas, para que fundara ella el noble y poderoso reino, que establecerà cuando los demás hayan fracasado en su mision, *porque los últimos serán los primeros*!

ESCENA IX.

EL MISMO Y JORGE.

Jor. ¡Señor Wilson!

Wil. ¡Jorge! Desgraciado! ¿Qué venís á hacer aquí? ¿Dónde está vuestro hijo?

Jor. El pobre niño está ya á salvo. No, no iria al Sur, como un fardo de algodon.

Wil. Pero và en cambio su pobre madre.

Jor. ¡Elisa! Cómo!... Decidme!... ¿Qué ha sido de la desventurada?

Wil. Haley os hechó de menos, hace un rato; se quejó à Shelby, y éste se la ha dado en cambio del hijo que os llevàsteis.

Jor. Basta, basta. ¿Y ella và á ser embarcada en ese vapor? ¡Ah! eso no puede ser! ¡es preciso evitarlo à toda costa! Es preciso ver á ese traficante.

Wil. ¡Imprudente!

Jor. Tengo una hermana, que fué vendida en el mercado de Nueva-Orleans; sé el uso á que se destinan las jóvenes compradas! ¿Y podria ver tranquilamente, que me arrebatàran mi muger para entregarla á la infamia, cuando Dios me ha dado un brazo fuerte para defenderla? ¡oh! nunca; confio en el auxilio de ese Dios que tanto me habeis recomendado, y verteré hasta la última gota de mi sangre antes que dejar arrancar de mis brazos à mi muger y á mi hijo.

Wil. ¿Qué vais á hacer?

Jor. ¡Dejadme, dejadme!

ESCENA X.

HALEY SALE Y SE PARA REFLEXIONANDO.

Jor. ¡Ah! él se acerca aquí. Yo no sé de qué modo; pero voy á ver si la salvo.
VVil. ¿Y si os conoce?
Jor. Voy á jugar el todo por el todo. ¿Decís que la pérdida del niño ha hecho dueño al traficante, de mi Elisa?
VVil. Sí.
Jor. Bien; dejadme solo con él.
VVil. El cielo os ilumine.

ESCENA XI.

VASE WILSON, SE ACERCA HALEY.

Hal. Pues señor, vamos á ver como anda ese embarque.
Jor. ¡Perdonad, caballero! (*saliéndole al encuentro.*)
Hal. (*Aparte.*) ¡El español! vuelta á enredarse los sucesos! ¿Si estará de Dios que yo no me he de embarcar hoy?
Jor. (¡No me ha conocido, valor!) ¡Sin duda habreis estrañado mi desaparicion con vuestro negrillo!
Hal. ¡Oh! Yo no, nunca creí...
Jor. Cuando anoche llamábais en mi habitacion, para que os le entregase, conoció vuestra voz, y no sé porquè se arrodilló ante mí, temblando, y me besaba los pies, pidiendo que no os le entregase. Esto, á la verdad, me enterneció, y se lo ofrecí. Por eso os contesté desde mi aposento, que hoy hablaríamos. He salido con el Alba à respirar el aire libre, y ya me teneis aquí, dispuesto à compraros el negrillo. ¿Quereis venderlo?
Hal. La verdad, me habeis causado un perjuicio con vuestra vuelta. La persona à quien se lo compré, acaba de devolverme su importe, por medio de una combinacion mercantil, que me trae mas ventajas; pero con vuestra aparicion, queda

deshecha, y por consiguiente puedo disponer de él. Os lo vendo. (*Aparte.*) Este tiene trazas de ser muy rico.

Jor. Bien; ¿cuánto quereis por él? Pedid un solo precio, porque no me gusta regatear.

Hal. Un precio? No os he de pedir mas de lo justo.

Jor. Así lo supongo.

Hal. Pues bien; creo que pidiéndoos seiscientos duros por él, estoy muy arreglado.

Jor. ¡Seiscientos duros!

Hal. Sí; y os aseguro que no sufrago los gastos que me ha ocasionado ese muñeco. Muchos disgustos, y muchos desembolsos.

Jor. No puedo daros tanto. Creia que seria cosa de cuatrocientos pesos.

Hal. (*Aparte.*) Ya es negocio; pero apuremos mas la materia: ¿os parece caro? Pues, amigo, en el Sur me los darian; pero como os ha enternecido tanto, y tal vez vos hiciérais su felicidad, que es lo que á mí mas me mueve, os haré alguna rebaja.

Jor. Veamos.

Hal. El niño es muy hermoso, bien formado, fuerte, de carnes duras como el mármol, tiene tanta imaginacion como un blanco...

Jor. (*Aparte.*) (¡Hijo mio!)

Hal. ¿Partimos la diferencia?

Jor. Acepto. Tomad vuestro dinero. El niño es mio. A mí solo me pertenece.

Hal. Así es, desde este momento. Voy á decir á el caballero Shelby lo ocurrido, y os será entregado el documento de venta.

Jor. Esperad.

Hal. Se hace tarde...

Jor. Vos que sois perito en este tráfico, decidme ¿cuánto podria sacar de mí un comerciante de hombres? ¿Qué valor daria á mi cabeza, á mis brazos, á mis piernas, y sobre todo á mi educacion, à mis talentos? (*Suena el segundo toque,*)

Hal. Caballero, á pesar de mi pericia, no puedo detenerme un momento. (*Aparte.*) Se van haciendo insufribles estos negocios.

ESCENA XII.

SALEN ELISA, EMILIA, MARIA, SHELBY, VVILSON Y LOKER.

Emi. ¡Valor, hija mia!
Jor. (*Aparte*) ¡Elisa!
Eli. No lloreis, señora, rogad á Dios por mí: (*se adelanta*) señor, aquí teneis à vuestra esclava.
H*al.* Nada; podeis volveros con vuestra ama. No me perteneceis.
Eli. ¡Cómo!
H*al.* Vuestro hijo ha parecido.
Eli. ¡Cielos!
H*al.* Sí, y yo, humano, como siempre, no he querido llevarlo al *S*ur, y he aprovechado la ocasion de vendérselo á este caballero.
Eli. ¡Ah señor! (*se acerca á Jorge*;) os llevais mi alma, mi vida. Miradme, miradme; pero... ah! si!... ¡Jorge!
Todos. ¡Jorge!
VW*il.* (Bien me lo temia yo.)
H*al.* Mi esclavo!
Jor. ¡Sí Jorge; pero no tu esclavo; tu víctima, verdugo miserable! Apartad.
Eli. ¡Esposo mio! ¿Qué vas á hacer?
Jor. A buscar mi libertad. (*Saca dos pistolas, que al aplicárselas á sus sienes les son arrebatadas por Loker.*)
Lok. Tomad. (*Se las dá á* Haley: *va á guardárselas* Haley *y se dispara una de ellas, que lo hiere.*)
H*al.* ¡Ay!
*Lo*k. ¡Cielos!
H*al.* ¡Me he muerto!
VV*il.* ¡Socorrámosle!
H*al.* No, dejadme. Mi herida está aqui... en el alma... Dios es el que me ha herido.
VV*il.* ¡Desventurado! (*Se oye la cadena del ancla del vapor, ya levando.*
H*al.* ¡Ah! pronto!... pronto... corred... sujetad ese buque... id, desembarcar los negros, sean todos libres!

Todos. Libres!
Hal. Sí, libres. Id pronto. (*Loker vá al buque.*)

ESCENA XIII.

TODOS MENOS LÓKER.

Hal. No quiero morir sin pedirles perdon; Dios me lo manda desde su trono. Ay!... ¡Qué dolores estoy sufriendo!
Jor. ¡Amo mio! (*acercándose.*)
Hal. ¡Ven, Jorge, ven!... dame tu mano. (*Se la besa.*)
Jor. ¡Señor!
Hal. Deja... deja. Tráeme á tu muger...
Eli. No puedo ver vuestro sufrimiento.
Hal. Madre, sé feliz... sé dichosa con tu marido... educa bien à tu hijo... Jorge... ya eres libre... hazte cristiano...

ESCENA ULTIMA.

SALE LOKER, CON LOS ESCLAVOS QUE SE ARRODILLAN Á LOS PIES DE HALEY GRITANDO.

Esc. ¡Señor! ¡señor!
Hal. Sois libres, hijos mios... sed buenos. Tú, Loker... enmiéndate... ¡ay! no puedo mas... He matado... mi cuerpo... Dios... mio... sal... vad... mi... alma... (*Muere.*)
Jor. ¡Murió!
Eli. ¡Misericordia, señor! (*Todos se arrodillan menos Wilson.*)
VVil. ¡Justicia del cielo!

FIN DEL DRAMA.

FÉ DE ERRATAS.

Pàgina 62, línea 36, donde dice: *la civilisacion humana*, léase *la civilizacion*. Página 63, línea 5, donde dice: *para qué fundará ella*, léase *para fundar en ella*. Página 61, línea 10, donde dice: *¿quién lo tiene*? léase ¡*ah*! *tú lo tienes*.

AL LECTOR.

Los autores de este drama no pretenden aplausos por el pensamiento de coordinar algunas escenas, sacadas de la novela que Mistress Harriet Beecker Stowe acaba de publicar, titulada la CHOZA DE TOM; *ni por haber inventado las indispensables para dar á uno de sus episodios la forma dramática, hilacion y desenlace con que lo presentan al público. Las personas que hayan leido la novela, distinguirán con facilidad lo que pertenece á Mistres Stowe, de lo que es original del drama, y juzgarán de nuestro trabajo con la indulgencia que merece la intencion; pues siendo el pensamiento tan moral y humanitario, hemos querido aprovecharnos de él para el teatro, donde segun nuestro juicio, siente el corazon del hombre con mas fuerza, que al leer en un libro, la impresion de los sucesos; porque se desarrollan ante sus ojos incitándole contra el malvado, y predisponiéndole en favor de la virtud y de la justicia. De todos modos, nosotros en nuestra obra, solo hemos tomado algunos trozos de la de Mistress Stowe, y toda vez que háyamos conseguido hermosear nuestro edificio con las bellezas de su novela, haciendo un todo que no desagrade, quedaremos contentos de nuestro trabajo; confiamos además en que el público nos será indulgente, si tiene en cuenta el distinguido mérito de la pluma que nos ha proporcionado los materiales que hemos tenido valor para unir á los nuestros, á fin de formar el drama.*

Angel María de Luna.

Rafael Leopoldo de Palomino.

